



BIBLIOTECA  
MUNICIPAL

25 de Octubre de 1851.

Trages de Orberland, canton de Berna en Suiza.

TOMO IX. 28



## BERNA Y LOS BERNESES.

El canton de Berna es el mayor, el mas poblado y hermoso de la Suiza. Está situado en la parte occidental, pero confina con los cantones orientales, y los demas le rodean tan bien por el Norte, Sur, y el Oeste, que puede mirarse como central, y parece predestinado, como la hermosa ciudad de Berna, á ser algun dia la capital de la confederacion.

Sin salir del estado de Berna, se encuentran las dos lenguas que se hablan en Suiza, y los dos cultos, pues que hay en el una minoria católica: sus poblaciones son agricolas pecuarias é industriales: véanse en él los mayores ventisqueros, las mas magnificas huertas, campos y viñedos, y en fin la perspectiva de los Alpes y del Jura, mezclados con collados y llanuras de la mas grande riqueza.

Este canton es notable por su pronunciada nacionalidad. Sus habitantes son vigorosos, y en algunas localidades llaman la atencion por su belleza. Por todas partes se descubre el carácter bernés, mezclado de orgullo y de bondad, con un admirable espiritu de órden: sin embargo, este pais es una tierra de contrastes, que puede ocupar largo tiempo al observador sin agotar su curiosidad.

La poblacion se envanece con su pasado, y ha conservado y mantiene por medio de monumentos y fiestas, el recuerdo de sus héroes y dias de gloria: así es, que no debe estrañar ver agruparse en la actualidad en derredor suyo á toda la confederacion, y devolver de este modo á la ciudad y al estado de Berna, una parte de la importancia y del esplendor que tenían á fines del siglo último.

Berna fué fundada en 1191 por Bertoldo V, duque de Zaeringen, que gobernaba entonces, bajo la dependencia bastante distante del emperador una gran parte de la Suiza Occidental. Los señores de la comarca eran turbulentos y facciosos: Bertoldo mandó al caballero Cuno de Boubenberg, que cerrase con un baluarte, algunas casas construidas en una península, que forma en aquel sitio el rio Aar. Boubenberg traspasó las órdenes que le habian dado, y extendió las obras hasta la torre del Reloj. Pedro de Saboya ensanchó la ciudad en 1232 hasta la torre de las Prisiones: á mediados del siglo XIV, llegó hasta la torre de Goliath, y tu recinto actual es de 1623.

Desde su origen, Berna fué el asilo, no solo de los particulares y obreros que buscaban seguridad y proteccion para su industria, sino tambien de muchas familias nobles, que quisieron asociar su fortuna á la de una ciudad que amaban. Por la reunion de estas fuerzas, puede explicarse el buen éxito de aquel poder comun: desde un principio uvo gefes hábiles que cifraron su gloria en engrandecerla, y una poblacion enérgica para llevar á cabo las resoluciones de los consejos.

No siempre pudo pasar sin la proteccion estrangera; pero se sustraia de ella en cuanto se encontraba en circunstancias mas favorables. La naciente república fué amenazada por los poderosos condes de Kibourg. Necesitaba un puente sobre el Aar, y el conde que dominaba la orilla derecha, prohibió continuar la obra que ya estaba á medio hacer. Los berneses recurrieron á su valiente amigo y patrono, Pedro de Saboya, que era dueño del pais de Vaud,

y á quien apellidaban el *Pequeño Carlo-Magno*, y merced á su pacífica intervencion, quedó concluido el puente. Bien pronto Pedro tuvo que sostener una guerra, y quinientos jóvenes berneses marcharon en su auxilio. Al verlos, trasportado de alegría, Pedro juró que concederia á los berneses cuanto le pidiesen si triunfaba. Salió efectivamente vencedor, y el porta-estandarte, dijo: «No queremos oro ni plata, solo os suplicamos que nos devolvais la carta de patronato que habeis recibido de nosotros: no seais nuestro dueño; sed nuestro amigo.» El conde, aunque penosamente sorprendido, mantuvo su palabra, devolvió la carta, y concluyó con los berneses un tratado de alianza, que observó hasta su muerte.

Con su prudente y enérgica conducta, la república prosperó en el siglo XIII, aumentábanse su poblacion y su territorio, y era un constante objeto de envidia para los señores de las inmediaciones: desgraciadamente, su hermana, la ciudad de Friburgo, que como ella debia su origen á los Zaeringen, entró mas de una vez en las ligas que se formaron contra ella. En 1298, los friburgueses, Luis, baron de Vaud, los condes Pedro de Gruyere y Rodolfo de Neuchatel, pusieron sus tropas en campaña, é invadieron el territorio de Berna. Esta ciudad tenia entonces por aliados á Soleure y al conde de Kiburgo; pero sus fuerzas eran muy inferiores á las de los enemigos. En cambio tenia á su cabeza un guerrero intrépido, un héroe, Ulrico, caballero de Erlach. El enemigo habia tomado posicion cerca de Donerubel, (colina del Tonerre), á poca distancia de la ciudad. Los berneses corrieron al combate con alegría: los terribles sonidos de la corneta resonaron por los bosques. Un ataque impetuoso de las tropas, y una hábil maniobra de su general, derrotaron al enemigo cerca de Oberwangen, que sufrió mucha pérdida en muertos, heridos y prisioneros. Erlach, volvió triunfante con los cautivos desarmados, y sus victoriosos soldados llevaron diez y ocho banderas enemigas á la iglesia de San Vicente. Para celebrar aquel triunfo, se compuso un himno guerrero. El oso, simbolo de Berna, hablaba en él gallardamente en estos terminos: «He ganado el premio y el honor de la caza, y me he aventurado un poco atrevidamente en el combate de Wangen, en donde hice muchos prisioneros.»

Apenas habia transcurrido medio siglo, cuando las mismas causas produjeron una terrible tormenta (1339). Los señores se quejaban de que Berna queria quitar á los nobles su preponderancia para trasmitírsela al pueblo. Resolvieron, pues, en una asamblea celebrada en Nidau á orillas del lago de Bienne, reunir sus fuerzas para destruir hasta los cimientos de la ambiciosa ciudad. Divulgóse el rumor de aquella grande empresa por el otro lado de los Alpes y del Jura, y los conjurados recibieron socorros de la Saboya y de la Borgoña alta. Setecientos señores con yelmos coronados, quinientos caballeros con armadura completa, tres mil ginetes y mas de quince mil infantes, se reunieron contra Berna, al mando del conde Gerardo de Valangin, bailío imperial de la Borgoña Transjurana. De este modo, el imperio y una poderosa nobleza, amenazaban á una sola ciudad que parecia no podia oponerles resistencia.

El pueblo de Laupen, situado á orillas del Singine, estaba sitiado por las fuerzas de los señores, y el baile envió á pedir prontos refuerzos. Decidióse en consejo gene-



ral, que marchase uno de los dos hermanos, y no tardaron en emprender el movimiento seiscientos hombres á las órdenes de Juan de Bouhenberg, los cuales penetraron en la poblacion, resueltos á perecer entre sus ruinas.

Los berneses, que habian tratado de aplacar al enemigo declarando que estaban prontos á acceder á las demandas justas, conocieron muy bien, al ver su insolencia, que no les quedaba otro recurso que confiar su salvacion á la suerte de las armas. ¿Mas quién habia de ser su gefe? Vacilaban en su nombramiento, porque sabian que de él dependia la victoria.

Cuando el consejo estaba deliberando, entró á caballo en la ciudad, Rodolfo de Erlach, hijo primogénito de Ulrico, el vencedor de Donnerbuhel. El caballero de Erlach era simultáneamente vasallo de Nidau y ciudadano de Berna: pertenecia pues á ambos campos, y hubiera deseado proporcionar una paz ventajosa. El conde se opuso, y con el mayor desprecio permitió á Erlach que fuese á combatir en las filas de sus conciudadanos. «Me es indiferente, decia, perder un hombre, cuando tengo doscientos cascos y ciento cuarenta caballeros leales á mi servicio.» Erlach le contestó al retirarse: «Si, perdeis efectivamente un hombre, señor conde, y os lo probaré.»

La vista de aquel bravo guerrero regocijó á todo el pueblo, y despertó el recuerdo de su padre y de Donnerbuhel: confirióse el mando á Rodolfo por aclamacion. Entonces se levantó y dijo á los ciudadanos que estaban allí reunidos: «He hecho seis campañas, y siempre he visto las que fuerzas débiles han batido á las mas superiores; el buen orden es el medio mas seguro para vencer. Artesanos, algunas veces indóciles, si amais la libertad, sabed obedecer y la conservaréis. No temo al enemigo; combatiré con Dios y con vosotros, como en tiempo de mi padre; pero no quiero ser vuestro general si no tengo un poder absoluto.» El ayuntamiento prometió obediencia y Erlach tomó el mando.

Mientras los berneses de la ciudad y del campo corrían á colocarse bajo su bandera, uno de los suyos se dirigió á toda priesa á los pequeños cantones. Aunque no le debian ningun auxilio, contestaron sin embargo á su enviado: «La verdadera amistad se conoce en el peligro; decid á vuestros hermanos que pueden contar con el pueblo de los waldstettes.»

Algunos fundadores de la Suiza como Tell, Werner y Stauffacher vivian todavía. Armaron novecientos hombres que pasaron el Brunig, bajaron por los valles, y el 20 de junio acamparon al frente de Berna, en donde encontraron cuatrocientos ginetes de Soleure, bien equipados y armados. Las mugeres y niños oraban al pie de los altares, hacianse procesiones solemnes, y se daban limosnas.

A media noche, Erlach dió la orden de partir; con la claridad de la luna se pusieron en marcha los novecientos hombres de los waldstettes, los trescientos de Hasli, trescientos de Sibenthal, cuatro mil habitantes de la ciudad y del campo, y un cuerpo de caballeria con ochenta soleureses, llevando á su cabeza al sacerdote Diebold Baselvind, que conducia la sagrada hostia. Las mugeres, ancianos y niños, desde lo alto de las murallas, siguieron con la vista al ejército, hasta que se perdió entre los bosques.

Cuando los ejércitos estuvieron frente á frente en las orillas del Bramberg, cerca de Laupen, comenzaron á desafiarse y echar bravatas. Los señores manifestaban grande

impaciencia, y uno de ellos, el conde Rodolfo de Nidau les decia: «A ese enemigo se le encontrará siempre.» Uno de los de Schwitz decia á los caballeros: «Que avance el que quiera, que ya estamos prontos.»

Erlach comprendió muy bien el uso que debia hacer de sus soldados robustos y valientes, pero poco experimentados; no los embarazó, pues, con las evoluciones de una táctica esmerada; se dedicó pues á agrupar sus fuerzas y á aprovecharse de su arrojo para dar un golpe decisivo.

Los waldstettes habian reclamado la honra de combatir contra la caballeria, y fué necesario cedérsela; colocándose Erlach al frente de la infanteria enemiga con sus berneses, les dirigió esta alocucion guerrera: «¿En dónde estais, jóvenes bulliciosos, que veia presentarse en Berna los primeros en todos los bailes, adornados de flores y penachos? ¡Ahora el honor de la ciudad depende de vosotros!... ¡Venga la bandera!... ¡Aquí, Erlach!...»

Entonces lo mas selecto de los hombres vigorosos salió de las filas, y gritó: «Henos aquí, señor; no nos apartaremos de vuestro lado;» y rodearon el estandarte con heroico ardimiento.

Comenzó la batalla. Algunos hombres de la retaguardia viendo á los honderos berneses retroceder despues de una descarga, segun su costumbre, creyeron que huian, y se desbandaron. Erlach gritó: «La victoria es nuestra puesto que nos dejan los cobardes.» La infanteria enemiga fué arrollada por el choque de los berneses, despues de una vigorosa resistencia. A la hora de visperas, los vencedores volaron en auxilio de los suizos y soleureses, que ya habian hecho retroceder á la caballeria, que tambien sucumbió. Pereció un gran número de señores, y el campo quedó cubierto de cadáveres y de armas. Recogieron ochenta cascos coronados, y veinte y siete banderas de ciudades y de señores.

El ejército victorioso pasó la noche sobre el campo de batalla segun costumbre. Al día siguiente volvió á entrar triunfante en la ciudad de Berna, llevando las banderas conquistadas y las armas de los señores que habian perecido.

Trascurrían los años, y Berna siempre feliz, aumentaba su poder y su territorio. A principios del siglo XV, una atrevida invasion la aseguró la conquista de la Argovia, dominio de Federico de Austria, que entonces estaba al servicio del imperio. En 1536, una escursión militar hasta las puertas de Ginebra, dió á los berneses todo el pais de Vaud, que quitaron á la Saboya.

Abrazaron la reforma y la esparcieron por su vastos dominios; sin embargo, las poblaciones católicas no fueron perseguidas.

Esta república, fundada sobre la base de la aristocracia, pudo ser amiga de los reyes: lo fué especialmente de los de Francia, y no podia serlo de la revolucion francesa. Sus súbditos de raza romana, debian pensar de otro modo, y en el hermoso pais de Vaud, se levantaron al soplo de la libertad de 1789. Los franceses entraron en Suiza, (1798), y cinco siglos despues del combate de Donnerbuhel, en los mismos sitios que fueron testigos de los triunfos de sus antepasados, sucumbieron los berneses á impulso de fuerzas superiores.



## COSTUMBRES ESPAÑOLAS. (1)

Medio siglo antes de ahora, y acaso medio despues, nos habria sido mas fácil escribir el presente artículo; pero del pasado nos pertenece poco, del porvenir nada, y el presente está compuesto de resabios y de aspiraciones. Cosas que se fueron y cosas que vendrán, sin que haya nada que esté actualmente, España se parece en este punto al loco que iba desnudo con una pieza de paño al hombro, esperando la última moda para vestirse. Y no se crea que al fijarnos en España pretendemos escusar de igual inconsecuencia á las demas naciones civilizadas, sino que á ella debemos circunscribirnos en el presente artículo, y ni aun nos permite la indole de esta publicacion examinar las causas generales de esas mudanzas. Vamos á bosquejar brevemente un cuadro de las costumbres españolas, sobre uno de los lienzos mas perecederos del presente siglo. Ningun autor de libros puede prometerse legarlos á la posteridad, en un pais en donde nace la afición á la lectura matando á su padre el comercio de libros. Los que creyeron que la libertad de escribir y la mayor amplitud de la enseñanza, iban á dar un gran fomento á la librería se engañaron. En la España moderna, el libro es lo que era en la antigua el cirio de la buena muerte, ó la campanilla para los truenos: objetos ambos que nadie queria guardar en su casa, pero que sin cesar se andaban prestando los unos á los otros. Mucho nos duele empezar consignando una costumbre que tanto nos distingue de las demas naciones cultas, pero sin pensar hemos tropezado con ella, y es demasiado grave para pasarla desapercibida. No negaremos nosotros que en España crece la afición á la lectura á medida que aumenta el número de gentes que saben leer; y este es tal hoy dia, que asi como hasta fines del siglo pasado se citaba como á una notabilidad, ó mejor dicho un fenómeno, al hombre que sabia leer, hoy apenas se concibe que haya quien carezca de ese importante requisito; y á pesar de esto hay tantos, que nos daria mengua el formar una estadística. Pero al paso que confesamos ese adelanto, verdaderamente rápido, si se atiende á los obstáculos con que se ha luchado para conseguirlo, no dudamos en repetir: que ha nacido la afición á la lectura sin el amor á los libros; que estos se prestan como las mucetas de los doctores en el acto de la investidura; y que el libro viene á ser una reliquia que recibe adoracion en todas las casas y no sabe volver á la de su legitimo dueño. Varias veces al pensar en esto, nos ha ocurrido aplicar una anécdota que se refiere en ciertos pueblos de la huerta de Valencia. Para exagerar la poca sustancia de los alimentos que usan los naturales del pais, se dice que antiguamente corrian las calles de aquellos lugares unos hombres gritando: *el saboret*, y llevando en la mano una cuerda de cuyo extremo pendia un trozo de jamon, que introducian por tiempo determinado en todas las ollas para dar grasa á lo que se cocia en ellas. Pues ahora bien, el libro ha venido á ser hoy entre nosotros el *saboret* de los estómagos literarios, que va de casa en casa llevando la grasa de las ciencias; pero hay que advertir en ob-

sequio de la anécdota valenciana, que los cocineros pagaban el alquiler de la sustancia, y en España no se paga el de los libros. Se adquieren gratis y se prestan lo mismo. Bien es verdad, que si se corrigiera lo primero se evitaria en gran parte lo segundo. Ninguno de los pocos que compran libros tiene la debilidad de prestarlos; asi como no le ocurre á nadie prestar los muebles de la sala, ni los utensilios de la cocina, porque todos ellos le han costado el dinero y de todos espera servirse mas de una vez. Pero el libro no es en España otra cosa sino un objeto de mero pasatiempo, que lejos de estar considerado como un artículo de necesidad, no es ni siquiera un mueble de lujo. En Francia, en Inglaterra, y en Alemania, basta ver á un hombre en la calle para adivinar por su porte cuál es el ajuar de su casa, y hasta los volúmenes de que constará su mas ó menos estensa biblioteca. Pero suponer que desde el mas modesto artista, hasta el mayor aristócrata, no ha de tener cada individuo una librería de su uso, solo puede hacerse en España; donde apenas hay una persona que al presuponer sus gastos señale una partida para la compra de libros. Los doctores y licenciados tienen cuando menos las obras que les sirvieron en la universidad; los estudiantes suelen comprar alguna de las que les señalan de texto; y los escritores tienen todos los libros que reciben á cambio de los que ellos fabrican. En cuanto al resto de gentes, que forman la mayoría en nuestro pais, son empleados ó presamistas, y como pueden vivir sin obras de testo, se han acostumbrado á vivir tambien sin todas las demás. Como hemos dicho antes, que los libros no están considerados ni siquiera como muebles de lujo, resulta que los capitalistas fabrican grandes palacios en los que todo se halla menos la biblioteca. Desde la sala de baño, que no toman, porque á esto no somos tampoco muy aficionados, hasta el gran salon de armas, que no esgrimen, nada se omite para que la vivienda sea magnífica y lujosa; si los libreros se dan maña algun dia para que los libros se declaren muebles de lujo, los podrán vender á espuertas. Y esto es tan exacto que las pocas personas que tienen el vicio de comprar libros, se ven importunadas diariamente por amigos que les piden un libro cualquiera que *no sea pesado* para reconciliar el sueño, ó para pasar una tarde de invierno junto á la chimenea. Es decir, que el libro vale para esas gentes menos que el opio y que la leña; artículos ambos que ni se dan ni se piden prestados.

El término de esta costumbre que con vergüenza escribimos en la bandera nacional de España, como uno de sus mayores distintivos, es difícil de calcular; pero está demasiado arraigada para que pueda curarse fácilmente, habiendo sido algunos libreros los verdaderos parricidas. Sentimos que sin querer se nos haya escapado la primera, quedando asi separada de la clasificación que á renglon seguido hacemos de nuestras costumbres, en: *Religiosas, Políticas y Sociales*.

## COSTUMBRES RELIGIOSAS.

No hay libertad de cultos, y la ley fundamental del Estado, dice en su primer artículo, que «la Religión de la Monarquía Española, es la Católica Apostólica Romana.» Pero nuestras relaciones con la corte pontificia, han estado in-

(1) El presente artículo, destinado á la ENCICLOPEDIA MODERNA, nos ha parecido de tanto interés, que no hemos podido resistir á la tentacion de insertarlo en el MUSEO: en los números siguientes tendrán cabida los de costumbres *Políticas y Sociales*.



terrumpidas durante la última guerra civil, y aun despues algunos años mas, sin que esta falta de armonía con la Santa Sede que deploraba la mayoría de los españoles, produjese conflicto de ningun género en las conciencias de los fieles, como equivocadamente suponian algunos periódicos parciales del *Concordato* que se ha concluido este año de 1851, entre nuestro gobierno y el del Sumo Pontífice. Ninguna de esas señales terribles que por causas menos graves se han visto en otras épocas, en España y en otras naciones católicas, daban motivo á la alarma de esa parte de la prensa periódica, y dóciles á la voz de sus pastores, los españoles han permanecido indiferentes á una cuestion que en nada debia entibiar su fé cristiana, y cuya resolucio no pertenecia á la masa del pueblo. Semejante indiferencia, que no puede tener ninguna interpretacion desfavorable para el catolicismo de los españoles, se ha podido apreciar exactamente en la fiel observancia de los deberes del cristianismo, y en las prácticas piadosas, á que naturalmente se han inclinado siempre los españoles. Para los que no tienen costumbre de profundizar los hechos, la religion es una de tantas instituciones como han estado espuestas á las borrascas de la revolucion; para los que no juzgan asi de las cosas, semejante aserto es de todo punto falso. La religion como institucion divina, no ha podido ponerse á merced del hombre, su esclavo, y lejos de retroceder en su camino, ha seguido avanzando y valiéndose de las tinieblas de la revolucion, para iluminar á la humanidad con nuevas luces. Pero los siglos tienen sus periodos de hipocresia y de fanatismo, como los astros sus eclipses y sus épocas de aparente crecimiento; es fácil engañarse en la apreciacion de ambos, sin un estudio demasiado prolijo. Para algunos, la religion se ha perdido desde que ha cesado en España el terrible tribunal del Santo Oficio; otros creen por el contrario, que desde que ha cesado el olor de carne quemada, es cuando hay religion. Ambas opiniones son falsas por exageradas; pero la última es la mas verosímil, se atiende á que las doctrinas del Crucificado, en que todo es humildad y dulzura, no podian inspirar los horrores de aquella fé forzada sino á gentes perversas que explotaban la ignorancia y el fanatismo para satisfacer su bastarda codicia. Por fortuna nada ha quedado ya de aquellos tiempos ni de aquellas escenas, sino el retrato de algun inquisidor en las prenderias, y algunos edificios de los que sirvieron de tribunal y de cárcel, en Madrid, Sevilla, Barcelona, Valladolid, etc., pero todos restaurados y sin que nada revele su horrible historia secreta. De la Inquisicion de España, no queda otra cosa hoy dia sino lo que nos atribuye la ignorancia de algunos escritores franceses, que hablan de ella como si existiera actualmente, y suelen decir, que salieron huyendo por miedo de caer en las manos de los *entrepreneurs d'auto-da-fe*. Finalmente, hoy que es menor el fanatismo, ha crecido la humildad y son menos los pecadores, porque nadie se atreve á proclamarse justo. La iglesia católica, como decian los partidarios de la Inquisicion, reza hoy contra los infieles ni mas ni menos que entonces, pero ahora no hay quien ose abrogarse el titulo de fiel observante de la religion, para acusar á sus propios hermanos.

Semejante revolucion en las conciencias, ha influido considerablemente en las costumbres religiosas, y los actos exteriores con que se alimentaba el fanatismo del pueblo,

han perdido gran parte de su farisáica ostentacion. La sencillez, tan conforme al espíritu evangélico, ha reemplazado á aquella, y acaso lo que se ha perdido en hipocresia de santidad, se ha ganado en fé y en verdadero recogimiento religioso. Tal vez la virtud, ahuyentada del mundo por las revoluciones, recibe hoy un culto mas puro en lo íntimo del corazon.

Hé ahí la diferencia mas palpable que hallamos entre las costumbres religiosas del siglo pasado y las del presente; y fijamos esta época para la transicion, porque si bien es cierto que en materias de religion, como en algunas otras, la España de 1824 y siguientes hasta el 1833, volvió á ser la misma que á fines del pasado siglo, es indudable que desde la revolucion francesa, y principalmente desde que las águilas del imperio pasaron el Pirineo, cambió completamente el estado religioso, social y político de España. Ciegos aun los españoles, dijeron que habian *abierto los ojos*, y con el titulo de despreocupacion, dieron carta de naturaleza y acogieron alborozados las ideas mas absurdas y los principios mas disolventes. El único bien, si tal puede llamarse, que resultó de aquella tormenta, fué el de comenzarse á quebrar el escudo de la hipocresia que hacia aparecer á los españoles como en realidad no eran. Otra hipocresia mas funesta, ó cuando menos de mayor escándalo, la hipocresia del vicio, sustituyó á aquella, y asi era mas difícil averiguar los grados de catolicismo de un pueblo, hoy creyente hasta el fanatismo, y mañana incrédulo hasta la impiedad. Pero el principio divino ha quedado siempre en esfera superior á esas luchas mundanas, y por eso dijimos al principio de este artículo, y repetimos ahora, que en todos tiempos y bajo toda clase de gobiernos, ha resplandecido igualmente el catolicismo de los españoles.

En la supresion de las órdenes religiosas, y en la desamortizacion de los bienes que aquellas tenian, quisieron ver algunos un ataque á la religion, interpretando falsamente una medida mas ó menos conveniente, pero esencialmente política, y al cerrarse para el culto las iglesias que pasaban á manos de los especuladores, creyeron que iba á disminuir la fé de los fieles por reducirse los lugares del rezo y de la oracion. No ha sido asi por fortuna, y el clero parroquial, virtuoso ó ilustrado, mantiene el culto divino en sus respectivas iglesias con el decoro y la sencillez convenientes á los humildes preceptos del Crucificado. Las procesiones, que es una de las costumbres religiosas que mas nos caracterizan, se hacen hoy en toda España con mayor pompa que nunca, y en las de las grandes capitales solo se advierte la falta de doscientos ó trescientos frailes que asistian á todas ellas; pero aun esto no supone nada, porque la mayor parte de aquellos concurren ahora con el verdadero trage del sacerdote, en cambio del ropón eremítico que vestian entonces.

Difícil y casi imposible nos seria dar una noticia exacta de las procesiones características de cada pueblo de España, y habriamos menester los veinte y cinco volúmenes de esta obra para llevar á cabo tan absurdo propósito. Y no se crea que pensamos al acometer tamaña empresa investigar el origen de cada una de ellas, ni discurrir y filosofar acerca de sus raras y no siempre cristianas ceremonias! Bastaria la simple enumeracion de todas para llenar los volúmenes citados. Hallariamos en unas, escenas mas propias



del gentilismo que de los hijos de la cristiandad; en otras se nos antojaria ver á los antiguos levitas bailando delante del Arca Santa; muchas nos recordarian la dominacion de la media-luna en España, y en todas ellas tendríamos necesidad de recordar la fé y el entusiasmo de sus actores, para no escandalizarnos con algunas de sus irreverentes ceremonias. Daremos una lijera idea de todas ellas refiriendo la de un pueblo, cuyo nombre no importa saberlo ni conviene decirlo, pero que es ni mas ni menos que todos los de España, donde la poblacion no escede de veinte mil almas.

Hay algun santo patrono ó titular del pueblo; la Virgen y el Cristo, bajo mil distintas advocaciones, suelen ser los escogidos para estas solemnidades; San Roque y San Antonio tienen tambien el patronazgo de muchos pueblos; pero en el de que nosotros hablamos, es patrona y titular la Virgen, bajo la estraña advocacion de *Nuestra Señora de la Retama*. Es tradicion que no siendo el pueblo tan devoto como debiera, y hallándose uno de los principales caciques apremiando á los infelices labradores para que le diesen en las eras y en trigo, el dinero que les habia prestado con gran usura para la sementera, pronunció una blasfemia al tropezar su caballo en una retama, y abriéndose la inmediata apareció una preciosa imagen de la Virgen. El blasfemo cayó del caballo aturdido; el cura, que por casualidad se hallaba inmediato, corrió en su auxilio, gritando: ¡milagro!; las campanas de la iglesia parroquial dieron al aire sus ecos, y pocos instantes despues no se oia otra voz que la de milagro, ni habia un vecino que no se hallase en el retamar. El cura improvisó una solemne procesion para llevar la imagen al templo, mientras el usurero ofrecia edificar á sus espensas uno tan magnífico como no hubiese otro igual en toda la comarca.

En el archivo del ayuntamiento se conserva el testimonio de la aparicion; el templo es hoy la admiracion de cuantos acuden á visitarle, y en medio del retamar hay una ermita mezquina consagrada á la Virgen. Las faenas propias de la estacion en que se apareció la imagen, no permitieron fijar para igual dia de cada año la fiesta, y se señaló para el primer domingo, despues de concluida la recoleccion de los granos. Segun que es mas ó menos larga la cosecha así se adelanta ó se atrasa la funcion.

Empieza esta el sabado por la tarde, por vestirse de dia de fiesta el mayordomo de la Virgen, cargo que turnan por años los principales vecinos, y para el cual se hace precisa una casaca negra, siquiera sea prestada y no haya vestido nunca semejante traje el mayordomo. Al salir de su casa, con una medalla al cuello y un cetro en la mano, se disparan al aire media docena de cohetes, sueltan sus lenguas las campanas, y empiezan los tamborileros á zurrar la badana de las cajas, precediendo al mayordomo hasta llevarle á la iglesia. Allí le recibe el cura revestido con la capa de coro, y los acólitos con los ciriales, y entran en el templo, donde se da principio á la gran salve cantada delante de la Virgen de la Retama, cuya imagen está de antemano colocada en una magnífica carroza de gusto romano.

Concluida la salve, que entonan ó cantan desentonadamente varios aficionados del pueblo, entre los que se cuentan fijamente el fiel de fechos (hoy secretario de ayuntamiento), el boticario, el herrero, el pregouero y el alguacil del juzgado, si la categoría del pueblo da de sí para

tanto; en cuyo caso el juez con el alcalde y el mayordomo de la Virgen, presiden la procesion; concluida la salve de cimos, entran en la iglesia los danzantes á bailar delante de la Virgen. Los músicos del pueblo y de los inmediatos, con uniforme de voluntarios realistas in illo tēpore, con el de milicianos nacionales en tiempo de Constitucion, y en mangas de camisa ahora que no se usan ninguna de ambas tropas, acompañan los saltos de los danzantes, que visten distintos trages de variados colores y de diversos gustos. Cuando los bailarines se cansan de dar brinco, lo cual suele ser algo tarde, se retiran todos del templo, haciendo elogios ó murmurando de los gastos que ha hecho el mayordomo, el cual vuelve á su casa acompañado por los monaguillos y precedido de los tamborileros, que siguen tocando hasta el dia siguiente, en que se canta la misa mayor, con sermon que predica un cura traído al efecto de la ciudad mas inmediata, y á ser posible de la corte. El sermon se reduce á referir el milagro de la retama, anunciando los prodigios que se han obrado por la intercesion de la Virgen, y por la tarde se verifica la procesion á la ermita del modo siguiente.

Vuelto el mayordomo á la iglesia con las mismas formalidades que el dia anterior, entrega el pendon al maestro de escuela, el primer estandarte al boticario, el segundo al juez de primera instancia y en su defecto al alcalde, y el tercero si le hubiere, al señor del pueblo, ó al forastero de mas campanillas. Echa esta distribucion y la de los cirios que han de alumbrar á la Virgen, entra debajo de la carroza la fuerza motora, que se compone de doce mozos de los mas robustos; reparten las varas del palio entre los caciques del pueblo, y colocados los músicos y los danzantes delante de la carroza se pone en marcha la procesion hacia la ermita. Al entrar en esta como al salir de la iglesia, se disparan multitud de cohetes, y la procesion vuelve en el mismo orden, cerrando la comitiva todas las mugeres del pueblo con farolillos ó candelas encendidas.

La funcion de teatro y la de novillos, consideradas como parte de la festividad de la Virgen, pertenecen á las costumbres sociales y de ellas hablaremos en lugar oportuno. Con respecto á la parte religiosa basta lo dicho y lo que el lector puede adivinar que hemos omitido, para conocer lo que son esa clase de fiestas, iguales en todos los pueblos de España, si se exceptuan ciertos accidentes muy curiosos pero demasiado locales para referirlos en el presente artículo. Una sola escepcion haremos para dar noticia de una festividad religiosa, única en España, seguros de que lo habrán de agradecer muchos de nuestros lectores, y de que algunos habrán adivinado ya que nos referimos á la fiesta de la Asuncion en la villa de Elche, pueblo distante cuatro leguas de Alicante. Mas que de ceremonia religiosa la fiesta de Elche, tiene de profana, y con entera propiedad pudiera llamarse representacion de un auto sacramental. Pero se celebra dentro de un templo, y un templo de los mas magníficos de España y no podemos considerarla sino como festividad religiosa. Por otra parte, la estremada devocion y la fé con que la ejecutan, merece la mayor consideracion y respeto, siendo digna de notarse la veneracion que recibe la imagen de Nuestra Señora de la Asuncion, milagrosamente aparecida allí.

La tradicion refiere que despues de bendecido y dedicado al nombre de Maria, el edificio que habia servido de





mezquita á los moros, pensaron los nuevos pobladores cristianos en el siglo XVI, hacer una gran funcion á la reina de los Angeles, y estando muchos de aquellos en el puerto de Santa Pola, vieron venir un barco que traia un arca cerrada, sobre la cual se leian estas palabras: *soy para Elche*. Abrióronla con presteza, y hallaron la milagrosa imagen cuya festividad celebran todos los años el dia 15 de agosto.

La funcion religiosa dura veinte y cuatro horas, desde el medio dia del 14 hasta igual hora del 15, sin que se interrumpa un solo momento, y en ese tiempo se representa á lo vivo, como vulgarmente se dice, todo el misterio de la Asuncion de la Virgen. Cada persona está encargada de representar uno de los personajes que toman parte en el misterio, y la Virgen, los ángeles y los apóstoles, todas son figuras de carne y hueso, que suben y bajan por los aires entre nubes de olorosos perfumes, á merced de una vistosa maquinaria, y acompañada cada escena por coros de voces y armoniosas orquestas que producen un efecto verdaderamente mágico y sublime. El ángel que viene á entregar la palma de la Virgen, baja por la nave mayor de la iglesia dentro de una granada de fuego, hecha toda de talco, que arrojan á puñados sobre el pueblo, y cantando en tono dulce y melancólico unas estrofas en lengua lemosina. Coros de ángeles responden á la voz del *araceli*, que entrega la palma y vuelve á subir del mismo modo, desapareciendo por fin en las bóvedas del templo. Asi mismo sube la Virgen, y en el aire la corona el Padre Eterno, que con el Hijo y el Espiritu Santo salen á recibirla.

Por esta explicacion imperfecta que acabamos de hacer de la fiesta de Elche, comprenderá el lector la razon que hemos tenido para llamarla única y para considerarla mas bien como la representacion de una comedia sagrada que como una festividad religiosa. De todos modos, la devocion de los naturales de Elche suple las irreverencias á que da margen esa fiesta, especialmente en muchos forasteros que comen y beben en la iglesia por no perder nada de la funcion. Del mismo género vienen á ser los *milagros de San Vicente* que se representan en la ciudad de Valencia; pero estos se hacen en las plazuelas, donde se ponen tablados con una especie de retablo en que está la efigie del santo, y son unas verdaderas comedias sagradas. Valencia es sin disputa la provincia mas á propósito para esta clase de fiestas, y en todas ellas se advierte igual tendencia que en las citadas. En esa misma de San Vicente y en la iglesia del santo, acuden las gentes á ver lo que llaman *los bultos*; y consiste en veinte ó mas figuras de talla y tamaño natural, representando con la mayor propiedad el bautizo de San Vicente Ferrer. En suma, hasta en la procesion del Viático para los enfermos impedidos, que en todas partes se celebra con la mayor gravedad y compostura, van en Valencia doce hombres vestidos de apóstoles con coronas de plata en la cabeza, llevando cada uno una hacha de cera en la mano.

Muchas otras costumbres religiosas pudiéramos referir al tenor de las citadas, pero acaso nos espondríamos á confundirlas con las obligaciones del cristiano, que en todos los pueblos católicos son iguales, y por eso omitimos el hacerlo. Diremos por conclusion y como complemento á lo que dejamos apuntado con respecto á las procesiones, que las mas solemnes y mas generales de España son: la del Corpus-Christi y la de *Los pasos* el Viernes Santo. Entre las

primeras merecen citarse por su magnificencia las de Valencia, Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Toledo y Madrid, y entre las segundas el *Santo entierro*, y las procesiones del *Silencio* de Sevilla son las mejores de todas; sin que esto quiera decir que no haya muchas otras igualmente notables, especialmente en las del Viernes Santo, en las que algunas poblaciones de segundo orden lucen pasos de gran valor, siendo una de estas Murcia, cuyas esculturas, obra de Zarcillo son de gran precio. En estas procesiones hay tambien mucho que decir sobre la manera con que se hacen en cada pueblo, pero seria interminable este artículo si hubiésemos de enumerarlas todas.

Otras costumbres del mismo género hay tambien en muchas ó en casi todas las provincias, conocidas con el nombre de rogativas, que no tienen período fijo y se hacen en tiempos de sequia, de peste ú otra calamidad pública. En las provincias de Alicante, Murcia y Almería son muy frecuentes por la gran escasez de aguas, y el espectáculo que ofrecen es imponente y terrible. Poblaciones enteras marchando descalzas y cubiertas con un saco detras del sacerdote que lleva en sus manos un crucifijo gritando *¡agua!* ó pidiendo con voz lúgubre y desconsoladora *misericordia*, no pueden dejar de producir un efecto terrible en el corazon del cristiano. No hay nada mas grande ni panegírico mas elocuente de una religion, que ver á sus hijos estenuados por la miseria, llenos de fé en la misericordia divina, que parece haberlos abandonado ocho ó mas años seguidos. Con una fé tan grande todas las empresas son pequeñas.

El mismo origen que las rogativas tiene la bendicion de los campos y la de los vientos, que se hace en muchos pueblos de España. Por último, otra de las procesiones recientemente suprimida, y que tenia un carácter bastante nacional, era la del rosario cantado, instituido en el orden de predicadores por Santo Domingo de Guzman. Se hacian de noche y á la madrugada, con tanta sencillez, que formaban la procesion cuatro hombres, cada uno con un farol, el que llevaba el estandarte y un sacerdote que leia los *misterios del Rosario*.

De la publicacion de la bula, de las romerías y de alguna otra ceremonia que no sin violencia podiamos incluir en este artículo de costumbres religiosas, hablaremos en otro lugar. Por conclusion á la presente reseña, diremos que como *costumbre religiosa*, la aficion á las cofradías es una de las que mas nos distingue y mas generalizada se halla en todos los pueblos de España. Dificilmente se hallará un español que no pertenezca á alguna cofradía ó sacramental, aunque solo sea por asegurar siete palmos de tierra sagrada para sepultar en ellos su cadáver.

ANTONIO FLORES.

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### EL PLESIOSAURO DE CUELLO LARGO.

El animal, de cuya figura presentamos un ejemplo en el adjunto grabado, es el plesiosauro de cuello largo, y uno de los mas pequeños de su raza, y el que no tiene menos



de veinte y cinco á treinta pies de longitud. Tiene semejanza con los cetáceos por lo que respecta á sus patas, que son parecidas á las del delfín, y con las serpientes respecto á su cuello largo compuesto de treinta y cinco vértebras, de lo cual no se conoce ejemplo entre los animales de su especie.

Este animal habita en el mar y nada con tanta destreza como gracia. Rara vez sale del seno de las aguas para arrastrarse pesadamente por la arena, pero su respiración aérea le obliga á no alejarse de las riberas, y merced á su prodigioso cuello, puede sin salir del agua buscar los moluscos y los demás animales de que se alimenta, hasta entre el ramaje de los árboles acuáticos, cuyas hojas besan la superficie del agua.

Puede igualmente sumergiendo su cabeza á una larga profundidad en las ondas, apoderarse de los peces á su tránsito, ó recoger los mariscos y los crustáceos que se sitúan sobre las playas.

Su cuerpo está cubierto de una coraza escamosa, y lo que hay en el particular de mas extraño es, que semejante

al camaleón y á los anolis, puede á su voluntad cambiar de color, según las pasiones de que se vé dominado; por lo menos esta es la opinion que tiene el célebre Cuvier acerca de estos animales.

La extraña estructura de este mónstruo debe hacerle temible para sus enemigos; con su largo cuello los enlaza como con un cable, y luego que por este medio los ha privado de la facultad de moverse, y por consecuencia de defenderse; puede á su antojo despedazarlos con sus dientes ó tenerlos sumergidos hasta lograr ahogarlos.

Sin duda los terocodactilos, de los cuales hablaremos en ocasion oportuna, no pueden librarse de este terrible contrario á pesar de su ligereza, pues cuando pasan á su alcance, les lanza su horrible cabeza como una especie de arpon unido á la punta de una cuerda.

Si se juzga de la rapidez de esta accion por la que emplea la vibora, el mas lento de todos los reptiles para ejecutar este movimiento, por medio del cual se apodera de su presa, se puede comparar esta rapidez á la de una flecha que sale del arco y que ha sido lanzada por un brazo vigoroso.



El plesiosauro de cuello largo.



## CELOS CONTRA CELOS.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.



Remordimientos de los dos hermanos.

## I.

Todavía se vé en el centro de las Alpujarras una especie de torreón á quien la devastadora mano del tiempo no ha querido respetar; triste, sombrío vestigio que nos recuerda la historia desastrosa de dos mahometanos, al par que suministra un excelente ejemplo de moral, revelándonos de la manera mas enérgica y cumplida hasta dónde puede arrastrar al hombre la desgraciada pasión de la envidia; este sentimiento de ódio, de deseos.... la envidia es la mas triste y vergonzosa de las pasiones; es un tormento consecutivo para el que se halla afectado de ella, es en fin el fruto de un amor propio desordenado, que nos lleva á errores sin límites. ¡Solamente los que obran bien deben ser envidiados!

En la torre derruida que acabamos de mencionar, y que se hallaba en mejor estado, poco tiempo despues de la conquista de Granada, residían varios gefes mahometanos,

TOMO IX.

desde cuyo ruinoso recinto recordaban con cierto orgullo su pasada gloria, al mismo tiempo que lamentaban la cobarde conducta del último de sus reyes.

El recuerdo de una felicidad pasada nos lleva infaliblemente al deseo de recuperarla, y el pensamiento que jamás estuvo ocioso encuentra siempre medios que nos conducen al logro de nuestras eternas esperanzas. Son muy pocos los que gozan sin esperar; son muchos los que esperan sin gozar. ¿Quién no acoge con mano benigna la esperanza, esa especie de préstamo que se hace á la ventura?

Por eso los hermanos mellizos Ben-Zaid, y Ali-Jabak, descendientes de una raza noble y distinguida, se han puesto en varias ocasiones á la cabeza de sus parciales descontentos, y han verificado varias correrías contra los cristianos por las cercanías de Granada, creyendo que alguna vez lograrían reconquistarla. El rey de Marruecos ha ofrecido la corona, sabedor de sus tentativas, al que mas se distinga de los dos hermanos, al que reúna mayor número de proezas, y para esta calificación vive con ellos un no-

29



ble anciano, cuyo voto decisivo pondrá en cierto día la corona de Granada sobre las sienes de Ben-Zaid, ó sobre las de Ali-Jabak.

Ocioso es decir el esfuerzo con que trabajan estos dos caudillos á fin de hacerse acreedores al premio singular de tan distinguida y envidiada diadema.

¡Qué bella! ¡Qué interesante está Zoraida! Sus ojos fogosos y rasgados son dos ardientes lumbreras que avivan con sus reflejos el purísimo carmin de su fresca megilla, graciosamente sombreada por el blanco y caprichoso turbante que sujeta su ondulosa y bien ordenada cabellera. Entreabre su preciosa boca para dejar ver dos hileras de dientes brillantes como el puro marfil.

Puesta de pie al lado de una ventana del castillo, tiene fija la mirada sobre las empujadas torres de la odalisca Granada, con una espresion melancólica y sublime que solamente describiria con exactitud el pincel del grande Urbino. Desde allí observa con aspecto resignado el dichoso panorama que constituia la felicidad de sus antepasados: sobre el muro donde poco antes tremolaba el estandarte de la media luna ondea orgulloso el pendon católico de Castilla. En el minarete desde donde en otro tiempo alzaba su voz el religioso musulman para llamar á los creyentes, da vueltas la sonora y bulliciosa campana del cristiano llamando á los fieles para que acudan á la consagracion del santo sacrificio de la misa; todo cuanto mira es un evidente testimonio del triunfo de los hijos del Nazareno, y una página siniestra donde aparece escrita la desventura de los hijos del Profeta. Pero Zoraida se resigna; esta prudente musulmana, sabe que el que padece sin esperanza de gozar, duplica su dolor, se atormenta, y no por eso deja de sufrir.

Su profunda meditacion fué interrumpida por la llegada del anciano Dajakan, personaje muy respetado por toda la morisma, no solo por sus costumbres estremadamente religiosas, sino por su prudencia y buen juicio.

—Zoraida, dijo el anciano aproximándose á la jóven morisca, separa tu vista de un objeto que infunde en tu ánimo una impresion tan fatídica y dolorosa. Deja que el astro deslumbrador del Mediodía alegre con sus vivísimos reflejos ese delicioso paraíso que fué residencia de nuestros mayores.

La jóven se apartó de la ventana y besó la mano de su viejo preceptor, cuya respetuosa demostracion recibió por recompensa un beso cariñoso que estampó Dajakan en la frente de Zoraida. Sentáronse despues sobre dos lujosos cogines de terciopelo encarnado bordados de oro; Dajakan avivó la amortiguada lumbre de su larga pipa, y con aquella lentitud magestuosa, propia del hombre respetado y convencido de su gran valimiento, dijo á Zoraida las siguientes palabras:

—Bella Zoraida, hace tiempo que deseaba tener contigo una corta conferencia. Mi cualidad de preceptor, é intérprete de las voluntades del Profeta, me impone el deber de exigir de ti una confesion espontánea acerca de tus futuros planes. Sé que abrigas en tu seno una amorosa pasion, y me atrevo á suponer que esa pasion no obtiene la debida correspondencia de parte de aquel que la origina.

—No te has equivocado, respondió Zoraida con acento

timido y doloroso, á la par que bajaba los ojos con una viva espresion de sentimiento.

—¿Y por qué no apelas al dominio de la razon? Llámala en tu auxilio y no dudes de encontrarla propicia á cuanto le pidas: ella, con su nunca desmentida tranquilidad te hará conocer el abismo insondable donde procura llevarte la acalorada vehemencia de tu mal enfrenado deseo, y dulce y persuasiva como la máxima del Profeta te mostrará la senda por donde debe caminar tu inesperienza. Ella precederá en tu camino, si acaricias su proteccion, y separará los escollos que puedas encontrar al paso, y por último penetrará contigo llena de amorosa complacencia en el sagrado recinto de la ventura, donde solo moran los felices y verdaderos creyentes.—Tu inclinacion anda extraviada y sometida al imperio de la ley de una caprichosa mas que acertada preferencia. Tu corazon te engaña y te presenta á Ben-Zaid con las virtudes que el cielo no ha querido concederle, y el pobre Ali-Jabak mientras tanto, jóven predestinado á ser uno de los escogidos del Profeta por sus buenas prendas, lamenta el injusto desden que das á la ternura de su honesto cariño.

—Todo lo conozco, Dajakan; pero amo á Ben-Zaid, y aprecio y admiro á Ali-Jabak.

—Yo tambien comprendo que es muy difícil.... que es casi imposible destruir los efectos de una espontánea y decidida inclinacion; pero creo de mi deber hacer juiciosas observaciones sobre tan espinoso asunto, pues solo un alma egoísta é indiferente á la felicidad, ó á la desgracia de su semejante, puede permanecer impassible cuando adivina un funesto porvenir. En fin, yo te acogí en la horfandad, formé tu corazon; pero jamás estubo en mi dominio contrariar los resultados de tus juveniles simpatias. Alá te haga dichosa.

Apenas habia Dajakan acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un sonoro y prolongado toque de clarín.

—El es, exclamó Zoraida levantándose precipitada del cogen y asomándose á la ventana.

Dajakan, dejó su mullido asiento con la misma lentitud que le habia tomado; puesto ya de pie dirigió una triste y significativa mirada sobre la bella Zoraida que á ninguna parte miraba mas que al campo, y se apartó con paso magestuoso de aquel recinto, llevando en su alma el pesar de no haber podido disuadir el enamorado corazon de su hermosa protegida.

## II.

Ben-Zaid, era un jóven musulman de gallarda apostura y buen donaire. Los árabes de Granada elogiaban en sus romances su estremada valentia y belleza. Con efecto, eran sus ojos grandes y rasgados, negros y brillantes como las alas de un cuervo; su rostro cobrizo, lejos de afeár su fisonomia, le daba aquella tintura especial africana que agrada hasta cierto punto merced á la brillante transparencia que produce la sangre al traves de su cutis delicado y terso: sus pobladas y arqueadas cejas negras contribuian á que resaltase mas la tinta biliosa que bañaba su diafana tez, cuya parte superior velaban graciosamente los ordenados pliegues de su blanquísimo turbante. Su nariz era un tanto aguileña, y su boca proporcionada al resto de sus fac-



ciones, pocas veces se la vió entreabierta para indicar la agradable sonrisa de un corazón tranquilo y satisfecho.

Zoraida corrió de la ventana á la puerta con el senzillo alborozo de un corazón que aplaude la llegada del objeto mas querido. ¡Fatal contraste! La entrada pausada indiferente y enojosa de Ben-Zaid produjo un efecto tristísimo y desconsolador en el ánimo de aquella jóven á quien continuamente sonreía la esperanza de una futura felicidad.

Ben-Zaid apoyada su mano izquierda en la dorada empuñadura de su alfange, atravesó aquel recinto y sentóse con aspecto de siniestro abatimiento en el cogen que poco antes ocupaba Dajakan.

—¿Vienes cansado? preguntó Zoraida al cabo de algun tiempo.

—No.... repuso con indiferencia Ben-Zaid.

Y volviendo la cabeza lentamente hácia la izquierda, clavó sus ojos sobre una corona de oro que sostenia un lujoso almohadon que descansaba en una mesa cubierta con un tapete de terciopelo carmesí recamado de oro. Absorto con la contemplacion de esta diadema, no observó que Zoraida acercaba su cogen y que se sentaba á su lado llena de amor y cariño.

—¿Qué miras? preguntó sonriendo la pobre Zoraida.

—Allí está, respondió Ben-Zaid señalando á la corona. Allí veo la suspirada diadema, que llena de ingratitud se obstina en alejarse de mis sienes.

—Siempre afectado de un mismo pensamiento, dijo Zoraida.

—Es verdad, contestó Ben-Zaid. De día, de noche, á todas horas me acosa la misma idea, esa dorada vision que se presenta á mis ojos con los encantos mas seductores del mundo.... Acaricio su aparicion; mas ella me paga continuamente con la mas páfida ingratitud.

—¿Y en qué fundas tu vaticinio? ¿Ha terminado por ventura el plazo de la decisión?

—No; no ha terminado, respondió Ben-Zaid. Pero hasta ahora no me ha presentado el destino una ocasión propicia para esperar que recaiga sobre mí la eleccion de rey de Granada, al paso que Ali-Jabak encuentra á cada paso un motivo favorable á su elevacion.

Y la pobre Zoraida se esforzaba en vano en consolar al ambicioso Ben-Zaid, al paso que veía con tristeza que la corona era el único objeto que enagenaba su corazón de las demas afecciones. Zoraida hubiera deseado nada mas que una pequeña parte de aquella escesiva predileccion por la diadema.

Absorto la miraba Ben-Zaid, cuando vino á sacarle de su profunda meditacion la inesperada gritería de muchos mahometanos que victoreaban á A-Jabak.

—¡Maldito seas! exclamó de pronto Ben-Zaid volviendo la vista al parage de donde procedían las aclamaciones, y levantarse frenético del cogen y ausentarse de aquel recinto fué obra de un momento. Zoraida permaneció sentada mirando con aspecto melancólico hácia el lugar por donde Zaid habia desaparecido, cuyo ademan de abatimiento vino á terminar una blanca perla que brotó de su sentido pecho para rodar por su megilla.

En esta posicion la sorprendió Jabak, que penetró en el castillo revelando en su semblante aquella dulce satis-

faccion que origina una série no interrumpida de triunfos obtenidos contra las huestes cristianas. Sin embargo, asi como Ben-Zaid cambiaba de fisonomia á la vista de la corona, Ali-Jabak se entristecía apenas se encontraba en la presencia de Zoraida. Los encontrados afectos de estos dos caudillos musulmanes aumentaban la confusion de la jóven mahometana. ¡Cuánto hubiera dado la infeliz por ver trocadas las inclinaciones de entrambos!

Ali-Jabak se aproximó á Zoraida con aquella timidez propia del que bien adora: Zoraida enjugó su llanto, y habiéndolo advertido Jabak exclamó:

—¡Qué dichoso es el mortal que hace brotar esa dulce lágrima!

—¿Dichoso? preguntó Zoraida. Bien desgraciado se cree, y bastante desgraciado le juzgo yo tambien. ¿No te llama la atencion aquella corona? añadió señalando á ella con cierta intencion:

—¿Qué me importa la corona? exclamó Jabak. Algun tiempo la ambicioné creyendo que sería un atractivo para tí; una insignia que escitaría tu cariño en favor de este pobre musulman que tanto te ama: pero convencido de lo contrario solo aspiro á poseerte y todos los encantos que puede ofrecerme el mundo me son indiferentes:

Zoraida no respondia nada y compadecía el afecto de Jabak. Este prosiguió:

—¿No me contestas, hermosa hija del Profeta? ¿Será posible que mis frecuentes y lastimadas quejas no hallen una indulgente acogida en ese empedernido corazón? Bella Zoraida, ámame, házme dichoso, pues todo cuanto me rodea es un tormento continuo que me devora el alma. Miro con envidiosa contemplacion la flor que acaricia el leve cefirillo de la fresca mañana: miro con sentimiento profundo la grata manera con que la olorosa planta despues de una noche fria y oscura, se presenta alegre y reconocida al divino sol que la saluda y la calienta en su ardoroso seno con la dulce benignidad de los que bien se aman. No hay un objeto en la tierra que carezca de un vínculo amistoso que constituya su ventura; solo yo, solamente yo camino aislado en el triste y solitario desierto de mis pasiones, sin encontrar en el curso de mi largo y doloroso tránsito una mano benéfica y compasiva que apague la sed de amor que abrasa este corazón encendido.

Y Zoraida le miraba de hito en hito; Jabak creyó que su discurso iba ablandando la obstinacion de su amada, pero quedó yerto cuando la oyó exclamar:

—¿Por qué Ben-Zaid no me habla de esta manera?

—¿Por qué? preguntó Ali-Jabak; porque su pecho no alimenta la dulce y santa pasion del amor; porque solamente acoge en su conciencia el codicioso instinto de los egoistas, que aspiran á un dominio esclusivo y despótico sobre sus semejantes.

—Y sin embargo, le amo, dijo Zoraida.

—¿Es irrevocable tu proyecto?

—Irrevocable.

—¿No has de amarme nunca?

—Nunca, respondió friamente Zoraida.

Ali-Jabak, permaneció algunos momentos silencioso, ora mirando á Zoraida, ora fijando la vista en el suelo. Luego la cogió repentinamente de la mano y exclamó con voz ahogada:

—¡Zoraida, compadece mis dolores! cede benigna á mis



ruegos, que un génio maléfico, instigador, escita en mi ánimo los mas depravados proyectos y seré capaz....

—¿Qué dices? interrumpió Zoraida.

—¿No me amas?

—Es imposible.

—Alá te guarde, dijo, y se ausentó de aquel parage con la precipitación de un desesperado.

¿Cuáles serian sus intentos?

### III.

En uno de los mas retirados aposentos del castillo, adornado con extraordinaria sencillez, pero revelando no obstante el vasto y fecundo ornamento del gusto oriental, estaba Ben-Zaid dando frecuentes paseos lleno de agitación y zozobra. De vez en cuando miraba hacia la puerta como quien espera la llegada de una persona que se ha mandado llamar. Con efecto, la puerta se abrió y entró un negro anunciando al anciano Dajakan. Este no se hizo esperar mucho tiempo, y pasados algunos instantes empleados en los saludos que inscribe el catecismo mahometano de inferior á superior y viceversa, Ben-Zaid y Dajakan quedaron solos y seguros de que ningun testigo los escuchaba. Ben-Zaid y Dajakan se sentaron y el primero dió comienzo á su relato de la siguiente manera:

—Odio á mi hermano Jabak.

—Lo sé, repuso tranquilamente el anciano.

—Aspiro á la diadema que está próximo á poseer.

—No lo ignoro, repuso Dajakan con igual acento.

—Y nada omitiré, por peligroso que sea, para obtener mi deseo.

—Tampoco lo dudo. Pero, ¿cuáles son tus intentos?

—¡Matarle!

A esta voz, reprimió Dajakan su horrible sorpresa é hizo cuanto pudo por permanecer indiferente.

—¿Qué me dices? preguntó Ben-Zaid.

—Que es harto criminal tu proyecto.

—¿Luego te negarias á auxiliarme en caso de que yo pidiera tu apoyo?

—Lo pensaré, dijo Dajakan.

Y bajando la cabeza y apoyando su barba poblada y blanca sobre su mano derecha hizo en silencio las siguientes reflexiones. «Si yo no manifiesto coadyuvar á sus intentos, ¿qué hará? Buscar otro auxiliar que seducido por dádivas y promesas, consienta en llevar á cabo tan horroroso propósito. Adulemos su plan.... sea yo quien se encargue del crimen á fin de evitarle.»

Y mientras que Dajakan hacia estas reflexiones, Ben-Zaid esperaba con ansia la contestación.

—¿Qué resuelves? dijo al fin lleno de impaciencia.

Y el anciano, á fin de dar al asunto toda la verosimilitud posible, respondió:

—¿Cuál será el premio que obtenga el que secunde tus planes?

—Será mi visir, respondió de pronto Zaid, mi segundo en el trono, mi mejor consejero; le daré grandes riquezas, participará de los despojos de mis ulteriores conquistas.

—Basta, interrumpió enérgicamente Dajakan; aquí tienes mi brazo pronto á descargar el funesto golpe contra el odio rival.

—¡Eres mi amigo! exclamó regocijado el codicioso musulman y apretando la mano del prudente anciano.

Este paró las afectuosas demostraciones de Zaid, con una nueva reflexion.

—Oyeme, le dijo. ¿Por qué ensangrentar la pretension si puedes obtener lo mismo sin apelar?...

—Comprendo; el veneno; posees la alquimia, eres nigromántico, conoces....

—Si; pero mis yerbas pueden aplicarse de manera que produzcan resultados tales, que no recaiga sobre ti el aborrecible apodo de fraticida. La demencia le deja inútil para ocupar el trono de Boabdil.

—¡Oh! ¡gran recurso! exclamó Ben-Zaid abrazando con entusiasmo á su interlocutor.

—Tengo el conocimiento de unas yerbas especiales que originan la demencia, confeccionadas con cualquiera clase de liquido. A la hora en que os pongais á comer; la copa de agua designada para Ali-Jabak que estará á su lado como de costumbre contendrá dentro la ponzoña que ha de darle la locura, y á ti la corona del último rey de Granada.

Ben-Zaid, abrazó nuevamente á Dajakan, el cual partió para llevar á cabo su propósito, en tanto que Ben-Zaid, viéndose solo y encerrado con su crimen, comenzó á pensar acerca del horrible atentado con cierta especie de terror

—

Ben-Zaid y Zoraida, atravesaban uno de los salones del interior del castillo. El primero, sea que gozase ya en su venidera felicidad, sea que mirase á Zoraida con ojos menos desdeñosos, es lo cierto que ambos transitaban con aquella dulce satisfacción que imprime el cariño en dos almas verdaderamente enamoradas.

Ali-Jabak que los vió pasar desde una habitación retirada, y que comprendió al instante que iban contentos, exclamó lleno de angustia:—¡Se aman!... Y los siguió con la vista hasta que desaparecieron.

Apoderose de su ánimo el cruel aguijón de los celos, juró que su hermano no se gozaria en su desventura, en cuyo momento acertó á pasar por allí el anciano Dajakan. Adelantose hacia él Jabak precipitadamente, y asiéndole fuertemente de la mano, despues de haber mirado á todas partes con recelosa inquietud, le dijo con voz ahogada estas palabras:

—Odio á mi hermano Ben-Zaid.

—No lo sabia, dijo tranquilamente Dajakan.

—Amo á Zoraida, y ella no me ama.

—Eso si lo sabia.

—La corona de Boabdil está ya destinada para ceñir mis sienes.

—Y bien....

—No la quiero; yo te la doy, yo te la cedo, sé tú el rey de Granada, pero....

—Prosigue....

—Haz que muera Ben-Zaid.

Dajakan tuvo poco que meditar esta vez, al considerar la vehemencia de dos corazones celosos; el uno ansiaba la posesion de una corona; el otro la de una muger. El anciano quiso practicar con su nuevo interlocutor la misma estratagemma, y fingiendo acoger de buen grado los intentos



de Ali-Jabak prometió complacerle, haciéndole iguales proposiciones; esto es, proponiéndole adúlterar el agua que debía contener la copa puesta á su lado en la mesa

## IV.

Puesta estaba á la hora de costumbre y en su sitio habitual, espléndida, rica en ornamentos culinarios, y fecunda en sabrosos manjares. Dajakan entró en la habitacion de los comensales antes que ellos, y cogiendo las dos copas de oro que estaban sobre la mesa, vertió en ellas agua límpida y trasparente sin ningun género de composicion. Poco despues entraron juntos Ben-Zaid y Ali-Jabak, seguidos de dos esclavos que conducian dos grandes palanganas de agua con esencias y sus correspondientes toallas. Los dos hermanos verificaron la ablucion que precede á la comida y decretada por el Profeta, durante la cual nada se dijeron. Se ausentaron los esclavos. En seguida se arrimaron á la mesa y se miraron de hito en hito; los dos hermanos aparecian intranquilos y demudados. Dajakan trinchó la carne asada que estaba sobre la mesa, y á pesar de esto ninguno comia.

—¿No comeis? preguntó Dajakan.

—Tengo inapetencia, repuso Ben-Zaid.

—Lo mismo me sucede, añadió Jabak,

Ultimamente dieron principio á la comida. Se oyeron en seguida los dulces preludios de un harpa; los hermanos prestaron cierta atencion y escucharon la sonora voz de Zoraida que entonaba desde su aposento una cancion sentimental. Ali-Jabak asió la copa con prontitud y rabia, y dijo á su hermano:

—¡Bebamos!

—¡Bebamos! repitió Ben-Zaid.

Y ambos empinaron á la vez el vaso de la supuesta ponzoña.

Zoraida dejó de cantar; los dos hermanos se miraron mutuamente con una espresion terrorífica y siniestra; cesaron de comer y no dejaban de mirarse; mientras que el venerable anciano Dajakan los observaba á cierta distancia diciendo en silencio:

—Los dos son buenos; se creen criminales ahora y comienzan á obrar en sus corazones el fatal aguijon del remordimiento.

Ben-Zaid se atemorizaba al ver la siniestra faz de su hermano; Ali-Jabak, estaba como petrificado al observar el funesto semblante de Ben-Zaid. Aquel se fué levantando poco á poco de su asiento; este practicó la misma operacion y de igual manera.

—Su demencia está ya declarada, dijo entre dientes Ben-Zaid.

—Ya está declarada su demencia, dijo Ali-Jabak entre dientes.

—Ya me conduela su posicion, pensaba Ben-Zaid.

—Su posicion me lastima, pensaba Ali-Jabak.

En ambas conciencias obraba el fatal remordimiento, y esto precisamente era lo que habia querido obtener el prudente Dajakan conociendo el fondo de los dos hermanos.

Ali-Jabak se ausentó de aquel parage aterrado y presa del mas cruel sentimiento; y Ben-Zaid permaneció allí despues de haber contemplado con terroroso aspecto la ausen-

cia de su hermano. Luego que trascurrieron algunos momentos, durante los cuales habia permanecido pensativo miró á Dajakan y dijo:

—¡Traidor!

—¿Porqué me hablas de esa manera?

—¿Lo ignoras, fementido? Tú, maléfico consejero, en vez de borrar de mi mente tan fatal idea, me has alentado á cometer el crimen, y me has hecho desgraciado. Te alucinaron mis riquezas; te fascinó el poder que te prometí... ¡oh! huye de mi vista, pues no puedo mirarte con faz tranquila.

Dajakan gozaba interiormente aun cuando aparentaba estar pesaroso y contrito; dejó que el jóven musulman le llenase de improperios y maldiciones, y últimamente concluyó por decir á gritos que odiaba la corona, que no la queria: que nunca como en aquel instante habia conocido los indisputables derechos que Ali-Jabak tenia para poseerla y que renunciaba á la adquisicion de una diadema comprada á tanto precio.

—¡Maldito seas! añadió llamando á su Zoraida.

Esta acudió instantáneamente, y Ben-Zaid se precipió en sus brazos llorando.

—Soy muy desgraciado, Zoraida; mira á tu pobre Zaid presa del mas cruel remordimiento. Tú eres el único ser que pude consolarme en mi infortunio. Ahora comprendo mis errores, lo que me amabas, lo injusto que he sido con tu amor... ¡Ah! si yo pudiera reparar mi crimen.

Y el anciano Dajakan, semejante al médico que contempla con regocijo los terribles efectos de una receta, que constituye la crisis del paciente, para sanar de un todo, miraba gozando aquella especie de frenesí con la esperanza del mas lisonjero resultado.

Zoraida no sabia, por otra parte, lo que la estaba pasando, viendo á su amante tan cariñoso y arrepentido. Le consolaba, le acariciaba, y en esta posicion le arrancó de aquel sitio para tranquilizarle completamente. No bien se hubieron alejado, entró Ali-Jabak con la mirada estraviada y adelantándose furioso hácia Dajakan le asió de la mano y exclamó:

—¡Infame! ¿sabes lo que has hecho?

—¡Jabak! gritó el anciano, ¿qué intentas?

—¡Acabar contigo! exclamó.

Y sacando un puñal del cinto levantó el brazo en ademán de descargar el funesto golpe; pero el viejo le detuvo el brazo diciendo con gravedad las siguientes palabras:

—¡Teme el castigo del Profeta, y no quieras derramar la sangre del inocente!

—¿Inocente dices? ¿Puede ser inocente el que acaricia el criminal proyecto de un jóven apasionado?

Dirigiendo la vista hácia otro lugar, divisó á su hermano que abrazaba lloroso á Zoraida, que se postraba de rodillas y que pedia perdon al cielo.

—¡Mira, mira, gritaba Ali-Jabak señalando al sitio de la escena, contempla el funesto delirio de mi pobre hermano; observa como llora á los pies de su amada; á los pies de esa prenda que yo quise arrebatarle. No la deseo ya, no la quiero; su corazon no era mio... ¡Oh! si yo pudiese reparar mi culpa! ¡Si me fuera dado arrancar de mi pecho el remordimiento que me devora!

Ben-Zaid habia tambien divisado á su hermano: separóse de Zoraida y voló hácia él; Zoraida vino detrás corriendo.



—¡Perdon, hermano mio! exclamó Ben-Zaid estrechando á Ali-Jabak.

—¡Perdon, hermano mio! exclamó Ali-Jabak estrechando á Ben-Zaid.

—¿Y de qué? se preguntaron mutuamente.

—Yo soy el criminal, decia el primero.

—Su locura le presenta culpable, exclamaba el segundo: el verdadero criminal soy yo.

—Tuya es la corona, decia Ben-Zaid.

—Tuya es Zoraida, decia Ali-Jabak.

—¿Qué es esto? preguntó Zoraida á Dajakan.

El anciano separó á los supuestos locos y reclamó la atencion de todos.

—Es el último favor que os pido, dijo con imperiosa magestad.

Entonces, con la gravedad de un hombre de seso, y con el noble acento de aquel que tiene la seguridad de haber obrado bien, refirió menudamente á los hermanos su estrategia para evitar el crimen que veía casi irremediable. Declaró solemnemente que ninguno de los dos estaba loco; que habían bebido agua pura y nada mas, y que el criminal intento que alimentaban los había conducido á esa especie de arrebato, cuyos efectos habían tocado tan de cerca.

Los hermanos musulmanes abrazaron á Dajakan llenos de alborozo; despues se abrazaron ellos y se juraron eterno amor. El anciano cogió á Zoraida de la mano y se la presentó á Ben-Zaid diciendo:

—Esta es tu prenda.

Cogiendo luego la corona, dijo á Ali-Jabak:

—Y esta es la tuya.

Cuenta la tradicion que por algun tiempo vivieron felices.

I. A. BERMEJO.

## AVENTURAS

### DE UN CUADRO DE LOS HERMANOS LE NAIN (1).

#### I.

##### EL PRECIO DE LA HOSPITALIDAD.

En una ocasion habia dos pintores que eran hermanos y que tenian un talento igual, cosa rara en la historia de la pintura.

Se llamaban Luis y Antonio Le Nain.

Nacidos en Laon á fines del siglo XVI, se educaron juntos y vivieron inseparables: no tenian mas que un taller, ni mas que un bolsillo, ni mas que una mesa, ni mas que una cama, ni mas que un talento para dos manos, ni mas que un corazon para dos pinceles.

Como amaban los espectáculos mas sencillos de la naturaleza, y las fisonomías mas cándidas de la humanidad, visitaron con preferencia las cabañas del Cambresis, y dibujaban los mendigos que encontraban por el camino, los labradores y los trajineros.

Este género de pintura no era entonces muy apreciado en Francia, donde las elegantes señoras de la corte des-

(1) Véase la página 439 del presente tomo. Los nuevos datos que hemos adquirido acerca de estos dos artistas, creemos que interesarán á nuestros lectores.

preciaban las obras maestras de la escuela flamenca. Por consecuencia estos artistas, jamás vieron un signo que les anunciara prosperidad, y murieron casi en la oscuridad.

Un día que bosquejaban una de aquellas fraguas tan comunes en el pais, Antonio, el menor, cayó gravemente enfermo. Luis quiso conducirlo hasta la posada mas inmediata; pero tuvo que renunciar á ello, y aceptar la hospitalidad del maestro herrador.

Esta hospitalidad fué ofrecida de muy buena gana por el digno herrador y por toda la familia; que se componia de tres niños, del marido, la esposa y un abuelo. Llamábase la familia Herbelot y todos trabajaban á mas no poder. El marido machacaba el hierro sobre el yunque, el hijo mayor daba movimiento al fuelle, y sus pequeños hermanos traian el carbon; la muger disponia la comida, y el abuelo vigilaba la cueva.

Estas cuatro personas no formaron mas que una con Luis para cuidar á Antonio y le pusieron en la mejor cama de la casa.

El enfermo se salvó, merced al cuidado de sus huéspedes, y á los diez dias andaba por la casa convaleciente; pero esta fué muy larga, y quiso emplear sus primeras fuerzas para llegar á un hospedage.

—No, exclamó el herrador, perteneceis á la familia, y permaneceréis aqui hasta el bautismo de nuestro cuarto hijo, y vos sereis su padrino.

Antonio aceptó; pero con una condicion. Luis la leyó en sus ojos, y la anunció á la familia.

—Nosotros emplearemos este tiempo, dijo, en retrataros á todos, grandes y pequeños, y os dejaremos nuestro cuadro como tributo de nuestro reconocimiento.

El herrador dudó, su muger se puso encarnada, su padre echó un trago, y sus hijos saltaron de alegría.

Al dia siguiente los pintores se pusieron á trabajar: la casa del herrador se convirtió en taller de pintura, pusieron el caballete delante de la fragua, y dibujaron á la familia entera en derredor del yunque.

Luis bosquejó primero al herrador y á su esposa; despues Antonio reanimado por la emulacion, dibujó al abuelo, y últimamente los tres niños formaron parte de aquel grupo de familia.

A las tres semanas estaba el cuadro concluido, y vino al mundo el cuarto hijo de la casa. Al otro dia se instaló el cuadro en la sala principal, y el recién nacido fué bautizado con el nombre de Antonio; hubo una gran comida, y por la noche se rodeó el cuadro de flores; el abuelo perdió aquella noche la razon con sus frecuentes libaciones.

Quisieron detener mas tiempo á los artistas pero el trabajo los llamaba á otra parte, y se despidieron de la familia ofreciendo visitarla en otra ocasion.

Al despedirse de la buena madre, los hermanos le dijeron por lo bajo:

—Guardad bien ese cuadro, débil precio de nuestra hospitalidad; hoy no tiene valor porque somos desconocidos, pero acaso un dia sea un buen dote para nuestro anijado.

#### II.

##### EL RESCATE DEL SOLDADO.

Veinte y cinco años despues, Antonio Herbelot era soldado del rey. Hacía tiempo que no sabian de él y la fami-



lia estaba muy inquieta ignorando su suerte, cuando escribió á su padre, que cogido en una expedición marítima por los piratas argelinos, iba á morir, según costumbre en la boca de un cañon, sino enviaban seis mil libras á sus verdugos para rescatarle.

—¡Seis mil libras! Eso valia la fragua paternal, y la finca adquirida por el hermano mayor al tiempo de casarse.

La familia, sin embargo, iba á sacrificarse enteramente, si la Providencia no les hubiese traído á la memoria un recuerdo inesperado.

Una jóven de la vecindad, llamada Luisa Danchet y novia del soldado, habia leído la carta fatal; cayó desmayada, sorprendida de dolor, pero cuando volvió en sí, herida de un rayo de luz, voló al castillo de Val.... que le habitaba hacia quince dias un rico hacendista.

Mr. Amiron, antiguo intendente de los principes de Conti se habia instalado como gran señor en este castillo, y pasaba por un ilustrado aficionado de las buenas pinturas.

Luisa, que ayudaba á su hermano algunas veces á limpiar cuadros, notó pocos dias antes un lienzo firmado por *Luis y Antonio Le Nain*. No dudó que esta fuese una obra de los dos artistas cuyo recuerdo era tan grato en casa del herrador.

Llega jadeante á la puerta del castillo, y solicita hablar con Mr. Amiron, y la conducen al salon donde se hallaba el cuadro de los hermanos Le Nain.

—Caballero, dijo al hacendista; perdonad el atrevimiento. Este cuadro es de un gran precio sin duda, puesto que le habeis hecho el honor de colocarle aqui.

—Ciertamente, hija mia, respondió el hacendista: lo he comprado por cuatro mil libras. Pertenece á dos pintores que comienzan á gozar de alguna reputacion.

—Pues bien, caballero; ¿quereis comprar un cuadro de los hermanos Le Nain mas bello que este?

Mr. Amiron miró á la jóven con risa irónica:

—¿Dónde habeis aprendido á estimar las obras del arte?... ¿en el museo de vuestra aldea?

—Yo os digo, caballero, que mi aldea posee un cuadro que vale mas que el vuestro; y si quereis juzgar por vuestros ojos....

—En buen hora, ¿dónde es necesario ir?

—A la tienda del herrador Herbelot, mañana temprano ó antes de las doce.

—¿Mañana?... Iré.

—Y yo tambien.

Luisa Danchet se retiró haciendo una reverencia, y el hacendista quedó confundido de tan estraña proposicion.

Luisa prefirió las doce para introducir á Mr. Amiron mientras que la familia comia, no confiando su proyecto mas que á la madre de su novio, pues el padre Herbelot apreciaba de tal modo aquellos retratos, que hubiera vendido su propia cama antes que cedérselos á nadie.

¡Mas ay! la precaucion de la jóven fué supérflua. En vez de comer, al dia siguiente dejando su trabajo, el herrador pasó á casa de un notario, con sus tres hijos, para poner en venta su fragua, y la posesion de su hijo mayor para realizar el rescate del pobre Antonio.

Mr. Amiron no halló en la casa mas que á la madre y á la hija, y pudo á su gusto examinar el cuadro de los Le Nain.

Convino al punto en que Luisa habia dicho verdad, pues aquel cuadro era mejor que el suyo.

—Pero, exclamó admirado, como está en esta casa un tesoro semejante.

—Ha nacido aqui con el nombre de sus autores, respondió la madre Herbelot.

Y refirió la historia de que ya tenemos conocimiento. Luisa contó la del abijado de Le Nain, y añadió que el precio de aquella pintura iba á servir para rescatarle de la muerte.

Despues estas dos mugeres y otras se echaron á los pies de Mr. Amiron.

—Vamos, dijo levantándolas, no hay necesidad de tantas instancias, amigas mias. Este cuadro vale en conciencia ocho mil libras, y el maestro Herbelot los encontrará en mí cuando quiera traerme el cuadro á mi casa.

No hay para qué decir la alegría de estas pobres mugeres.

Sin embargo, no estaba hecho todo, era menester el consentimiento del herrador.

Luisa tuvo una escelente idea: que un jóven pintor que trabajaba en el castillo hiciese una copia en pocos dias de la cual seria dueño Herbelot.

Cuando éste vino le refirieron la aventura; pero era tal su amor por el recuerdo de los pintores, que se negó al principio en consentir; mas la perspectiva de su fragua vendida, de sus hijos sin asilo, y de la muerte de su hijo si llegaba tarde el rescate.... y por último, las súplicas de las mugeres y el consuelo de la copia, le determinaron á llevar el cuadro al castillo de Val....

Aquella misma noche el notario recibia contra-órden para la venta de los efectos del herrador; las seis mil libras, confiadas al arrendatario general, marchaban hácia Argel, y las dos mil restantes se separaron para el cautivo.

Algunas semanas despues, un soldado llegaba gozoso á una quinta de las cercanías, y con la pipa en una mano y el vaso de vino en la otra, contaba sus proezas y sus infortunios á una familia embriagada de alegría.

Esta quinta era la del hijo mayor de Herbelot. La familia se componia de su muger, de su madre, y de sus hijos.

Este soldado era su hermano, su tío, su hijo, Antonio Herbelot, salvado por el cuadro de su padrino.

Cuando todos se abrazaron veinte veces, llevaron al soldado en triunfo á la tienda del herrador, y la fiesta tornó á comenzar; despues pasaron á casa de Luisa Danchet. El casamiento de Luisa y Antonio no se hizo esperar mucho tiempo, y se deliberaba como ocho dias antes, sobre el empleo que se daria á las dos mil libras restantes del cuadro.

—Escuchad lo que propongo, exclamó Antonio con regocijo; mañana marchamos á Paris, y convidamos á mi boda á mi padrino y á su hermano. Decidióse el viage por aclamacion.

Cuando llegaron á Paris, la familia entera preguntó en el primer taller, la residencia de los hermanos Le Nain, y se la indicaron en estos términos:

«Los señores Luis y Antonio Le Nain, miembros de la Real Academia de pinturas.»

—¡Oh! dijo el soldado, mi padrino ha ganado las charreteras!

En menos de media hora, todos los Herbelot, grandes y pequeños se hallaron en el taller y en los brazos de los hermanos artistas.

Refirieron la historia de su obra maestra, y todos lloraron.



Júzguese si nuestros artistas no soltarian el pincel para acudir á la boda, y si serian ó no los reyes del festin y del baile.

Ahora bien; caro lector, no presumas que esto es un cuento. ¿Quién puede inventar una cosa que interesa tanto? Es la verdad, la sencilla historia, muy conocida en el Cambresis, del magnífico cuadro del Louvre, reproducido por nuestro grabado.

Del castillo de Mr. Amiron, este cuadro, cada vez mas estimable, pasó al *hotel* de los principes de Conti, quienes pagaron por él diez mil libras. Esto es todavía oficial. En

fin, de mano en mano *el herrador y su familia* llegó al Museo del rey, donde se sostiene con vigor, y se admira y se compara por sus luces con los mejores cuadros flamencos y holandeses.

No olvidemos el digno complemento de esta narracion. Despues de haber trabajado juntos hasta la vejez, Luis y Antonio Le Nain no se pudieron separar ni aun por la muerte; pagaron este tributo en mayo de 1648 con dos dias de intervalo.

M DE L F....



La familia Herbelot: cuadro de los hermanos Le Nain.



# ESCENAS DE FAMILIA.



La madre y la hija.

DIALOGO ENTRE UNA MADRE Y SU HIJA.

LA NIÑA.

¿Escuchastes, madre mia,  
el apacible gorgéo  
Tomo ix.

del pájaro cariñoso  
que saluda lisonjero  
la solemne aparición  
del resplandeciente Febo?  
¿Por qué canta solitario.

30



y de rama en rama inquieto?  
¿No tiene amigos, mamá?

LA MADRE.

Los tiene; pero su acento  
se dirige al desgraciado  
que lamenta su destierro:  
bendice á la tierna madre  
que acaricia á sus hijuelos  
cual yo te acaricio á tí  
en este dulce momento,

LA NIÑA.

¡Cuánto diera por saber  
lo que dicen los benéficos  
cánticos que á Dios envía!  
¡Ay! yo quisiera cogerlo;  
que viviese á nuestro lado,  
y repitiera los ecos  
de ese dulcísimo canto  
que me llena de embeleso.

LA MADRE.

El dolor le mataría.  
Entre la tierra y el cielo  
colocó su residencia  
la voluntad del Eterno.  
Como yo tiene una hija,  
en la cual cifra su anhelo.  
Tierna como tú le adora,  
y recibe el alimento,  
que del bosque solitario  
recoge su afán materno.

LA NIÑA.

Viva entonces, madre mía,  
libre como el pensamiento,  
Perdona mi indiscreción.

LA MADRE.

Si, mi encanto.

LA NIÑA.

Dame un beso.

B.\*\*\*

## GLORIAS DE ESPAÑA.

LA JORNADA DE MARTOS.

I.

Cerca de Algeciras y en la primavera del año de mil  
doscientos setenta y cinco, se verificaba una reunión de

casi todas las tropas musulmanas en España á las que ve-  
nían á incorporarse numerosos refuerzos del Africa. Un  
gran pensamiento animaba entonces á todos los sectarios  
del islamismo y era, olvidadas las discordias pasadas y re-  
conciliadas entre sí las diversas razas y tribus, caer de una  
vez sobre los cristianos y si no aniquilarlos, recuperar por  
lo menos los territorios de que estos se habian apoderado,  
reduciendo á la inmensa poblacion árabe á tan reducidos lí-  
mites y estrechura.

La ocasion brindaba entonces á los enemigos para tan  
arrojada empresa: hallábanse ausentes los dos mas pode-  
rosos reyes de España, que habian salido para el concilio de  
Leon, y tanto el rey de Castilla don Alonso X como el fa-  
moso conquistador don Jaime de Aragon, estaban por otra  
parte distraídos en aventuradas empresas, sin cuidarse de  
reunir sus fuerzas para limpiar de infieles el suelo de Es-  
paña. Mahomad II, nuevo rey de Granada, fué el princi-  
pal promovedor de la guerra, y él, que tanto debía á los  
cristianos refugiados, con cuya asistencia habia subido al  
trono, él, que acababa de renovar un tratado de alianza con  
el rey don Alonso, así que con la partida de este rey, vió  
desapercibida toda la frontera de Andalucía, infiel á su pa-  
labra é ingrato á los beneficios, fué el primero á hacer  
aprestos de guerra, teniendo mas cuenta con su provecho  
que no con la lealtad que habia jurado: conducta que ya  
no era nueva entre los infieles. Faltábanle, sin embargo,  
fuerzas y recursos para la expedicion, y resolvió concertar-  
se para ella con el rey de Marruecos. Reinaba entonces en  
aquella parte del Africa Jacob Abenjusef, gefe de la familia  
de los Beny-Merines, el que así que escuchó la embajada de  
Mahomad, conociendo que la ocasion era favorable y que de  
no contrarrestar á tiempo el poderio de los cristianos, ni  
aun él mismo estaria seguro en sus apartadas orillas, man-  
dó poner sobre las armas sus numerosas huestes y aprestar  
las naves para trasportarlas á España, exigiendo antes que  
se le entregasen las ciudades de Algeciras y Tarifa como  
baluarte y punto de partida de la expedicion que se pre-  
paraba.

Habia pasado de Africa un, no tan bien organizado co-  
mo numeroso cuerpo de infantería, acompañado de hasta  
diez y siete mil ginetes de las razas árabes del desierto  
que con la esperanza del botin habian acudido al llama-  
miento del rey de Marruecos. Estas tropas con las que ha-  
bian acudido de Granada, de Málaga, de Guadix y otros  
puntos de la Peninsula, eran las que acampaban cerca de  
Algeciras, ofreciendo el mas pintoresco espectáculo con su  
misma heterogénea muchedumbre y con su variedad de  
trages, insignias y colores. Despues de haber hecho vistoso  
alarde de sus fuerzas, despues de haber sido revistadas por  
sus gefes y de haberse reconciliado los ánimos de los moros,  
se pusieron en marcha; pero hallaron que su misma muché-  
dumbre era embarazosa para los movimientos militares.  
Dividióse el ejército al llegar á Málaga en dos cuerpos, y el  
uno á cuyo frente iba el rey de Marruecos se dirigió hácia  
la comarca de Sevilla, mientras que el otro al mando del  
rey de Granada penetró por las fronteras de Jaen.

No pudieron estar tan encubiertos los intentos de los in-  
vasores que no se susurrasen en tierra de cristianos; pero  
la ausencia del rey don Alonso y la estancia en Burgos de  
su hijo el infante don Fernando paralizaban todas las ope-  
raciones. Hallábase entonces don Nuño de Lara de adelan-



tado de la frontera, el que despues de haber avisado al infante y á todos los nobles de las cercanías para que le socorriesen con presteza, visto lo inminente del peligro, reunió la gente que pudo y marchó al encuentro de los enemigos, resuelto á entretenerlos en Ecija ó á estorbarles el paso en campaña, aunque le costase la vida.

No menos solícito anduvo don Sancho, arzobispo de Toledo, jóven animoso, hijo de don Jaime el Conquistador, rey de Aragon, que deseando imitar el valor de su padre y creyendo heredar su fortuna, inmediatamente levantó bandera contra los moros, ofreciendo grandes recompensas á los que se alistasen en ella. Era tanto el ardimiento del prelado, que sin esperar á que estuviese completo el cuerpo de ejército que organizaba don Lope de Haro, reunió arrebatadamente toda la caballería que pudo de Toledo, Madrid, Guadalajara y Talavera, y marchó al encuentro de la morisma, con ánimo resuelto de acometerla.

## II.

Caminaba animosa la hueste cristiana con la grata esperanza de un triunfo seguro, al saberse que el adelantado de Andalucía había batido y escarmentado á los árabes. Era cierto, si, que el adelantado de Andalucía había pretendido disputarles el paso; pero no menos cierto era que allí había perecido con todos los suyos. Estaban por lo tanto los árabes muy distantes de creerse vencidos, y sabedores de que los cristianos que venían á su alcance caminaban con mas entusiasmo que prudencia, resolvieron esperarlos en sitio que les fuese favorable.

Pretendía el jóven arzobispo no ser él menos en las filas cristianas, de lo que eran en las enemigas los alfaquís ó santones de los árabes, que tanto enardecían los ánimos y tanto incitaban á los suyos al combate. Iba, pues, al frente de un buen destacamento con el que penetró animoso por un estrecho desfiladero. Cuando ya habían dejado á sus espaldas lo mas áspero del camino y cuando ya se divisaba la vasta y anchurosa campiña, resuenan de improviso los gritos de ¡Allah! ¡Allah! y cinco mil árabes se precipitan sable en mano sobre ellos. Al primer choque todos los ginetes de la primera fila rodaron por el suelo: el arzobispo retrocedió, y los gefes y tropas de retaguardia avanzaron á sostenerle, pero como los enemigos tenían un gran conocimiento del parage que habían elegido, pronto aparecieron tambien á retaguardia y envolviendo á los cristianos por todas partes. Defendíanse estos con desesperacion, dábanse allí crueles sablazos; pero los defensores del arzobispo iban menguando en aquella horrible matanza, y muchos de ellos ya estaban maniatados en poder de los enemigos. El caballo del infante arzobispo, sintiéndose herido de muerte, se iba bajando, cual si quisiera dejar con todo cuidado en tierra á su dueño, y éste da al mismo tiempo un horrible grito, al sentir que los feroces musulmanes ya le cogen del brazo. Vuélvese consternado y los ve blandiendo sobre él sus cimitarras y contemplándole con horrible risa como buitres que sujetan su presa.

El infeliz don Sancho no tenía fuerzas mas que para suplicar lleno de ansiedad.

—Tomad, les decia, tomad todo cuanto tengo, pero no me mateis.

Los ruegos eran su única esperanza, y daba lástima

verle allí sin armas, sin defensa. arrodillado á los pies de los fieros enemigos, que al menor movimiento podían atravesarle con sus cortantes cimitarras.

—Apiadaos de mí, les decia; mi familia es muy rica, y muy en breve tendreis por mí un cuantioso rescate.

La codicia era en efecto un eficaz estímulo para aquellos bárbaros, y tanto que la persona del arzobispo pareció de tan buena presa, que su posesion estuvo á punto de ocasionar un lastimoso combate entre los mismos vencedores. Los soldados de Mahomad querian, como era natural, que se le llevase su valiente gefe; pero los ginetes marroquíes pretendían que el alfaquí cristiano debía ir prisionero á Marruecos, y ser presentado á Jusef. De aqui una acalorada disputa entre los dos bandos militares, de aqui el coger unos al arzobispo del brazo y llevarle medio arrastrando hácia su lado; de aqui el traerle otros agarrado por los cabellos, causando angustias mortales al infeliz prelado con estos bruscos movimientos, y de aqui el poner mano á las armas los mas resueltos gefes, dispuestos á matarse unos á otros antes que ceder la presa que tanto escita su codicia.

En esta sazon percibese el lejano rumor, distinguese la polvareda y véñese ya brillar las lanzas y los yelmos de otros soldados cristianos que vuelan al socorro de sus compañeros. El peligro es inminente; pero tan encarnizados están los ánimos de los gefes que disputan, que ni hacen caso de las voces de alarma, ni acuden á sus puestos, ni se cuiden de la llegada de los cristianos. Viendo uno de los gefes árabes que nadie desiste de su empeño, que los enemigos están ya encima y que todo va á ser perdido, esclama:

—No permitiré yo que tantos bravos guerreros como aquí están, se maten entre sí por un perro cristiano.

Diciendo y haciendo, retrocede un paso, y volviendo sobre el arzobispo le descarga tan terrible golpe en la frente que el infeliz titubea y cae ya sin vida; pues quedó tendido sin hacer el mas leve movimiento.

Viendo exánime y por tierra al arzobispo todos huyen despavoridos como delante de un espectro, y tratan de ponerse en salvo apelando á sus veloces caballos, y huyendo en confuso tropel por la llanura. Uno de los gefes africanos se detiene, sin embargo, dirige una mirada al cadáver del arzobispo, y sea por sostener su teson, sea por otra causa, se acerca á pesar del inminente peligro, coge el cadáver, le arroja bruscamente sobre el arzon delantero de la silla de su caballo, y montando en seguida de un salto, huye presuroso con la carga, vivamente perseguido y ya de cerca por las temibles lanzas castellanas.

## III.

Había visto el codicioso musulman brillar el rico anillo pontifical que don Sancho llevaba en el dedo, y el deseo de poder arrebatarse aquella alhaja, fué el que le hizo recoger el cadáver. Pero en vano pugnaba por sacar el anillo: resistíase éste á todos sus esfuerzos, y viendo que estos movimientos retardaban la carrera del caballo y que ya los enemigos estaban encima tomó la mas brutal resolucion. Sujetando con los dientes las riendas del caballo y levantando asido por la mano el cadáver del infeliz arzobispo, separó la mano del brazo con un fuerte revés de su sable



y arrojando el cadáver al suelo, huyó á toda brida llevándose solo la mano del anillo.

Al frente del lucido y numeroso escuadron que al alcance de los moros llegaba, venia un arrogante caballero, pertrechado de todas armas. Era este el célebre don Lope de Haro, varon tan afortunado en las córtes, como vencedor en las lides, y caudillo entonces de la hueste cristiana. Cuando don Lope y los suyos vieron el estrago que habian hecho los infieles y reconocieron el cadáver sangriento y mutilado del arzobispo, aunque movidos á compasion y á lástima no desmayaron, sino que se encendieron mas en los deseos de venganza.

—¡Soldados, no haya cuartel! gritó furioso don Lope de Haro, y todos siguieron sin detenerse dando alcance á la retaguardia de árabes y africanos, desordenados en la vasta campiña que se estiende hasta la fortaleza de Martos. Grandes fueron la matanza y el estrago: trataron los gefes enemigos de contener á los fugitivos y rehacer las filas, pero inútil esfuerzo; fueron inmediatamente arrolladas por don Lope y los suyos que con tanta obstinacion como osadia persiguieron á los enemigos hasta que sobrevino la oscuridad de la noche; derrota que hizo lamentar mas y mas la desgracia del arzobispo, dando á conocer lo que hubiese sido del ejército enemigo, si el jóven prelado hubiese esperado para acometer á que llegase el refuerzo de don Lope de Haro, de quien evidentemente temió le quitase la gloria del vencimiento.

Acació esta memorable jornada el dia 24 de octubre del año de 1275, y fué de suma importancia, porque contuvo la audacia y proyectos de los infieles, neutralizando el efecto de sus primeras victorias, y haciendo que las tropas del emir de Marruecos abandonasen á sus aliados de la Península, y se volbiesen al Africa, aturridas de la tenaz resistencia de los caballeros cristianos, para quienes las derrotas eran nuevo y eficaz estímulo para la pelea. Los restos mortales del arzobispo don Sancho fueron traídos á sepultar á la capilla de Santa Cruz en Toledo, y el triunfo de don Lope de Haro y los despojos con que le acreditó en todos los pueblos del reino, borraron bien la mancha de la primera derrota, é hicieron saber á todos que alli donde fué la ofensa, alli tambien fué la venganza.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE

## SIMON EL VETERANO.

NOVELA DE COSTUMBRES.

(Conclusion.)

Despues de un corto silencio, y durante el cual el marqués cerró las puertas de la sala, se acercó á la marquesa, y cogiéndola de la mano, la llevó con cierta violencia al sofá; pero la marquesa interrumpió su brusco ademán con estas palabras:

—¡Caballero!... poco á poco; moderacion, moderacion, señor marqués, y sepa vd. tratar á una señora conforme á la educacion que ha recibido... ¿Qué modo es ese de conducirme?... ¿Pudiese hacer mas un menestral embriagado?... sepa usted distinguirse.

El marqués se contuvo y soltó á su esposa diciendo:

—Perdonad, marquesa; no era dueño de mi; pero escuchad... Cuanto acaba de suceder, sé que es vd. la culpada; vd. aborrece á mi amigo Emilio injustamente; vd. quiere producir las escenas pasadas, y yo quiero evitarlo; vd. quiere dominarme, y eso no puede ser; quiero tener los amigos que se me antojen, y no los que únicamente sean del agrado de vd.... en fin, no es justo verme subyugado por sus caprichos; pues soy dueño de mi casa y de mi voluntad.

—Muy bien, marqués; sea vd. dueño de su voluntad; nunca he querido oponerme á ello; pero la casa viene abajo... vd. se acordará algun dia del vaticinio de su esposa.

—Me rio de semejantes vaticinios; en fin, haga vd. lo que le digo, ó me verá precisado á separarme de vd.

—¡Marqués! exclamó la jóven ¡tales palabras en sus labios de vd!

El marqués volvió las espaldas, abrió una de las puertas é hizo señas á Simon para que entrara. El veterano se presentó con la cabeza baja, su gorra de cuartel en la mano, y de este modo se puso delante de su jóven amo, quien le habló de esta manera:

—Simon, en este momento, coge tu equipage y sal de mi casa.

—¡Marqués! ¡Marqués!... exclamó el veterano pálido como un cadáver; ¿hablas de veras?... Dime que no; arrepíentete, no profanes tus labios....

—Escucha, Simon; lo poco que me hables, ha de ser con el respeto debido; no consiento que me tutees, y.... á la calle pronto.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo el viejo llorando como un niño: me arroja de su casa ignominiosamente; porque le quiero.... Pobre de mí.

Sacó del bolsillo de su chaqueton un pañuelo de cuadros, y mientras se enjugaba las lágrimas, añadía, al paso que lloraba tambien la marquesa:

—Bien, señor marqués, le daré... tratamiento... perdone V. S., no he procurado mas que su bien; pero ponga V. S. la mano en su corazon, y conocerá su injusticia; siempre he sido el mismo; soy aquel que vendía mi propia ropa en cierto tiempo para darle de comer, para comprarle pan, el pan que yo no comia por que V. S. se alimentara... ¿Quién me hubiera dicho hace veinte y un años, que aquel niño que se quedaba dormido en mis brazos, y que escondia para que no le matasen los enemigos de su padre, habia de pagar mis desvelos con tan grande ingratitud?...

—Basta, Simon, dijo el marqués procurando evitar emociones; á la calle, pronto, que no lo repita.

—Ya me voy.... ya.... me.... voy, dijo Simon con voz ahogada por el llanto.

Pero viendo á la marquesa llorando, prosiguió.

—No llore vd., señorita, que honrado entré en esta casa y honrado vuelvo á salir.... solo siento la ruina del marquésado.... Adios.... señorita mia.

Simon se volvió para ausentarse, y se dió de frente con el cuadro del retrato del general, padre del marqués, y dando un grito se hincó de rodillas, redobló su llanto, y apostrofó á la pintura con el siguiente discurso:

—¡Mi general!... Si viera V. E. á su pobre Simon, aquel pobre soldado que tanto amaba... viejo, con su hoja de servicios brillante, pero que va á pedir limosna y á morir en un hospital... V. E. se compadecería.



En esto entró Luis, y al verle en aquella posicion y llorando se avalanzó á su cuello gritando:

—¿Qué tienes, Simon? ¿Por qué lloras?.. Ya estoy vestido; vámonos al Retiro á paseo.

El veterano abrazó á Luis y estampó en su cara un millar de besos, á la par que le humedecía con sus copiosas lágrimas; despues se levantó de repente, y deshaciéndose del niño echó á correr gritando:

—¡No puedo mas! ¡Me destroza el corazon!

Luis le siguió llamándole; el marqués le detuvo, y la marquesa se dejó caer en el sofá exclamando.

—¡Pobre marquesado! ¡pobre Simon!

### III.

#### ARREPENTIMIENTO E INDULGENCIA.

A las doce de la noche y en el gabinete de la marquesa, están Juan y Manuela, criados de la casa, ocupado el primero en encandilar la chimenea y la segunda en darle prisa para que concluya pronto.

—No sea vd. plomo, Juan, que es muy tarde, que puede venir la señorita....

—Que poco trabajo cuesta mandar, responde el criado, cuando el tronco está húmedo, aunque uno se vuelva viento....

Y seguía soplando con aquella cachaza propia de un asturiano marrajo. De pronto se oyó la rotacion de un coche, y Manuela exclamó:

—¿Lo está vd. viendo? Ya está en casa la señora; vamos sálgase vd. fuera, bien está ya la chimenea.

Y Juan soltó el fuelle y se fué gruñendo. Al poco tiempo entró la marquesa acompañada de Simon; se despojó aquella de varios de sus adornos, de alguna ropa y dándoselo todo á la doncella dijo:

—Pon eso en mi tocador, y espera hasta que te llame para que me desnudes. Cuando se fué Manuela dijo el veterano:

—Señora, creo que he sido puntual; me mandó vd. á llamar con Paco; desde las once la estoy esperando en la puerta.

—No he podido venir mas pronto, dijo la marquesa. Te he llamado únicamente para decirte que te dispongas á partir conmigo á Barcelona.

—¿Cómo, señorita!

—Me separo del marqués; y llevó el pañuelo á sus ojos para enjugar las lágrimas que vertía.

—Pero, señorita, ese arranque....

—Estoy resuelta á vivir con mis padres; ya es imposible que mi esposo se corrija; arruinó su casa, no deja á su hijo mas que el titulo de marqués. Esta misma noche he visto sobre un tapete la mayor parte de su fortuna. He visto al marqués acalorado dejar que pasasen infinidad de billetes de banco á las manos de un pillo, de un estafador, que confabulado con don Emilio ha premeditado la perdicion de mi esposo.

—Señora marquesa, me está vd. traspasando el corazon; yo quiero escarmentar á ese tunante.... Le mataré.

—Nada intentes; todo es en vano: el marqués está ciego, y lo que menos presume es que su amigo le engaña.

—Que le roba, marquesa.

—No está mal dicho; soy de tu opinion.

Se sintieron pasos, la marquesa corrió á su tocador y Simon entró por una puerta de escape y se escondió. Entraron despues en el gabinete don Emilio y don Carlos; aquel sacó su reloj, le cotejó con el que estaba sobre la chimenea y dijo:

—Vá bien; ahora que estamos solos repartamos los billetes, antes que venga el marqués.

—No le esperes tan pronto, dijo Carlos. Se ha sentado en mi silla y se ha puesto á tallar creyendo recuperar sus billetes; pero no hay en toda la reunion individuos bastantes que le den lo que ha perdido.

—Creo, dijo Emilio, que hemos estado prudentes y disimulados.

—Como era yo el que tallaba y el que le llevaba el dinero, no ha podido sospechar de ti....

—Con todo, esta misma noche es preciso que partamos para Sevilla; tengo ya tomados los billetes de la diligencia que sale al amanecer.

—Entonces, dijo Carlos, aplacemos la reparticion; tú sabes el dinero que hay; en tu poder quedan los billetes, los momentos que nos quedan son pocos: partamos, y en el primer punto que hagamos parada dividiremos....

Emilio aceptó y tomó la cartera que encerraba los billetes; se dieron las manos y dijo Emilio:

—A las cinco en punto en Peninsulares.

—No faltaré.

Don Emilio quedó solo; miró en derredor de la estancia, sacó la cartera, contó los billetes y los escondió en otra mas grande que guardó en su bolsillo. Despues cogió un papel, y acercándose á un velador en donde habia pluma y tintero se puso á escribir. Levantóse cuando acabó, y leyó en voz alta lo siguiente:

«Marquesa; ¿es vd. desgraciada? Lo siento; pero mire su infortunio como una consecuencia de su proceder. Queda vd. en guerra con su marido; acuérdesse vd.... *Ban-dera negra*. He vencido; me ausento aborrecido de vd. pero vengado. Emilio Larcos.»

Mientras doblaba la carta y encendía el lacre para cerrarla, Simon salio de su escondite de puntillas y con una pistola en la mano. Emilio se volvió con objeto de tocar la campanilla y llamar á un criado, y no fué poca su sorpresa cuando se vió frente á frente con Simon, que dijo:

—No es necesario tocar la campanilla; aqui estoy yo que puedo ser el portador de la cartita.

—¡Maldito! exclamó don Emilio asombrado; ¿no te echaron á la calle?

—Si señor; pero dejemos esa cuestion para otro lugar.... ¿No quiere vd. que sea el emisario de esa carta?

—No.... pero toma; poco me importa; llévasela á la marquesa.

—Está muy bien, dijo Simon cogiéndola.

Preparábase á salir don Emilio, cuando el veterano se interpuso apuntándole con la pistola y diciendo:

—¡Atrás!

—¿Qué quieres?

—Los billetes que ha metido vd. en su cartera.

—¿Qué billetes?

—No hay que preguntar, voto á mi abuela, vamos pronto seo.... ¡ladron! ó le disparo.

Don Emilio estaba amarillo como un muerto, sin saber



que resolución tomar, y últimamente apeló al ardid. Fin-  
gió ponerse afable; y sonriendo metió la mano en la fal-  
triquera y sacó un bolsillo y presentándole al veterano  
dijo:

—Vamos, Simon; repórtate en tus palabras.... toma este  
bolsillo lleno de onzas y déjame pasar.

El veterano se mordió el bigote de rabia; meneó la ca-  
beza en señal de desesperación, y llevando la mano izquier-  
da hácia su hombro derecho dió un revés á la cara de Emi-  
lio que casi le dejó aturdido.

—¡Seo pilló! exclamó.... ¿Así piensa vd. comprar la acri-  
solada honradez de este soldado.

—Simon; ¿qué es lo que haces? preguntó Emilio lleno de  
atardimiento.

—Ponga vd. pronto la cartera encima de ese velador.

Y en tanto que apuntaba al pecho de Emilio, éste sacó  
la cartera, cogió algunos billetes y los puso sobre el ve-  
lador.

—Aquí no está todo, caballero, dijo el veterano poniendo  
la pistola encima del velador y echando mano á los billetes  
para contarlos.

Don Emilio entonces se puso detrás de Simon y quiso  
coger la pistola al descuido, pero el espejo que estaba en  
frente del anciano delató al jóven, y Simon se apoderó de  
la pistola diciendo:

—No hay tu tia; soy yo mas astuto.... y vamos soltando  
billetes.

Emilio hizo que se reia y llevando la mano al bolsillo  
como para sacar la cartera dió de repente un bofetón al  
candelabro que estaba sobre el velador, y aunque cayó al  
suelo, la estancia permaneció aun iluminada. El veterano  
se echó á reir y dijo:

—Pero hombre ó diablo; ¿no ve vd. la llama que arrojan  
los troncos de la chimenea? Si hay lumbré para alumbrar  
un campamento de veinte mil infantes y novecientos ca-  
ballos.... Vamos, cesen las estratagemas y vengan pronto  
los billetes ó le obligo á desnudarse y le registro hasta los  
zapatos.

Diciendo esto cerró la puerta que conducía á la sala,  
y don Emilio mientras tanto corrió á la chimenea y echó  
la pantalla. Viéndose á oscuras el veterano fijó sus espaldas  
contra la puerta y apuntó con la pistola hácia la puerta de  
escape que estaba á la izquierda diciendo:

—Hecha está la puntería en la puerta de escape, caba-  
llero; al menor ruido que oiga disparo.

Don Emilio se tiró al suelo y caminó á rastras hácia la  
puerta indicada; empujola en aquella misma actitud; Simon  
que oyó el ruido disparó el arma y la bala dió en la mitad  
de una de sus hojas; entonces don Emilio se puso de pie y  
dijo al salir:

—Disparó; somos felices.

Simon acudió á la chimenea, levantó la pantalla y no  
viendo á nadie en el gabinete salió en seguimiento del  
agresor. Al ruido acudieron la marquesa y varios criados  
con luces, y aquella habiendo visto por el suelo los despo-  
jos de la batalla supo traducir perfectamente lo que la ha-  
bía dado origen. Púsose cada cosa en su sitio, y habiéndose  
oido la rotación de un coche que entraba en el patio, dijo  
la marquesa:

—¡El marqués!

Y todos se ausentaron de allí. Al poco tiempo entró

el marqués enfurecido y trayendo afianzado del brazo á  
Simon.

—¿Qué buscabas en ese pasillo? ¿A qué has venido á mi  
casa? ¿No te eché á la calle? ¿Por qué has vuelto?

—Después contestaré á V. S., respondió el viejo soldado;  
ahora déjeme V. S.; que el traidor se me ha fugado por  
las tapias del jardín. Mientras tanto, entreténgase V. S.  
en repasar esa carta, y recoger esos billetes.

Y poniendo encima del velador la carta que había es-  
crito Emilio para la marquesa salió corriendo de la sala  
sin esperar contestaciones. Cuando el marqués se vió solo  
cogió la carta, la abrió y después de haberla leído exclamó:

—¡Dios mío! me han robado; me quería deshonrar mi  
amigo.... ¡Marquesa, marquesa, esposa mía!

La marquesa se presentó; su esposo se echó á sus pies  
casi llorando y pidiéndola perdón. El diálogo de los con-  
sortes fué largo; la marquesa no cedía; resolvió separarse  
de su marido á pesar del arrepentimiento que en él veía.  
Eran las cuatro de la madrugada y aun el marqués estaba  
en los brazos de su inflexible esposa dándole muestras de  
arrepentimiento, cuando entró Simon fatigado, y soltando  
una cartera encima del velador, se dejó caer en un sillón  
diciendo:

—Estoy rendido; pero al fin.... recobré.... el dinero  
de V. S.... Déjeme V. S. descansar un poco.... y me iré....  
á pedir un asilo en.... San Bernardino....

—Nunca, nunca, Simon exclamó el marqués abrazando  
al veterano.

Este no pudo menos que echarse á llorar como un chico  
diciendo:

—¡Me abraza.... Me abraza! Pobrecito mío; le reconozco;  
es el mismo que se dormía en mis brazos.... y el que comía  
el pan que yo le daba.... Te perdono, marqués: no aban-  
dones á este pobre anciano.

La marquesa se enterneció con esta escena, pero el or-  
gullo de muger la hacía aun permanecer inflexible; sin em-  
bargo; el veterano corrió á la habitación de Luisito, le vis-  
tió de cualquier modo; vino con él al gabinete y ponién-  
dole en medio del matrimonio, exclamó:

—Aquí está el lazo que ha de unir á estos dos corazones  
que quieren separarse.

¡Qué recurso! Propio de un alma esquisita, sensible,  
como la de este soldado. Parece increíble que sentimientos  
tan delicados se ocultasen bajo aquel carácter rudo.

El marqués y la marquesa se abrazaron colocando en  
medio al niño.

Simon tiró la gorra por alto y exclamó:

—¡Viva España! ¡Viva la paz! Estoy mas contento que un  
general cuando gana una acción.

—¿Y don Emilio? preguntó el marqués.

—Desde el parador de diligencias Peninsulares ha mar-  
chado preso á la cárcel del Saladero custodiado por varios  
agentes, y el comisario de la demarcación.... ¡Viva la paz!  
¡Viva la paz! Ya soy feliz.

I. A. BERMEJO.

## LOS BUSCADORES DE ORO.

«El Nuevo Mundo, escribía Reaumur en 1718, ha envia-  
do al antiguo oro y plata con tanta profusión, sobre todo,



poco despues de su descubrimiento, que se ha considerado como el pais natal de estos metales. Deslumbrados con las riquezas que nos han venido del Perú y de Méjico, casi hemos olvidado que el resto del mundo sacaba en otro tiempo de sus minas lo suficiente para enriquecer el comercio. Las de Europa, y en particular las de Alemania, España y Francia, han sido abundantes, etc....»

Con efecto, una multitud de etimologías y tradiciones concuerdan en presentarnos los rios de nuestro pais como manantiales de oro, que han dado lugar á explotaciones de mucha consideracion.

Hoy se ven aun en el rio Agueda, cuyas aguas besan las márgenes de Ciudad-Rodrigo, infinidad de hombres que trabajan con afan durante la temporada en que bajan las aguas, y cavan en los sitios que ya conocen ellos, sacan la arena, la lavan y depuran, y á fuerza de constancia y tiempo reúnen algunos adarmes de oro que venden en Madrid á buen precio, porque la calidad es escelente. Otros rios se mencionan en España que conducen esta preciosa arena.

Existia ademas en Francia á principios del siglo último un gran número de rios, donde las explotaciones de este género, hacian vivir durante algunos meses á los *buscadores de oro*, ocupados en recoger este precioso metal.

El Rhin se encontraba en primera linea entre los rios auríferos. El derecho de hacer la recolección, pertenecia á los señores de sus tierras, y el magistrado de Estrasburgo tenia derecho á ocho quilómetros en las cercanias del curso del rio.

El Ródano, el Garona y otros rios producen bastante oro para que los habitantes de estas comarcas que riegan estos cursos de agua, se ocupen durante cierto tiempo del año en recogerlo.

Es indudable, que particularmente en España, en tiempos en que la mano obrera estaba bien pagada, debia haber algun provecho buscando oro en estos liquidos manantiales. Siguiendo á Reaumur, los buscadores de oro del Rhin, ganaban en su tiempo treinta ó cuarenta sueldos diarios; y los del Ródano de doce á veinte sueldos. Los unos y los otros no trabajaban mas que una pequeña parte del año; los recolectores del Garona pasaban por los mas diestros del mundo en este género de trabajo.

Las lentejuelas ó granitos de oro aparecen en la arena tan pequeñas y en tan corta cantidad, que se escapan á la mirada mas perspicaz, aun cuando es fácil distinguir el sitio donde están, porque esta arena tiene un color oscuro.

¿Cómo se separan estas lentejuelas de la arena? Es una operacion que ninguno la esperaria de la destreza del hombre, si no se supiese que se practica á menudo y con mediano éxito. Una gran porcion de arena no contiene mas que dos ó tres lentejuelas tan pequeñas como la punta de un alfiler. Sin embargo, á fuerza de trabajo se hallan estas diminutas partículas de oro, y las separan del resto de la arena merced á una operacion muy sencilla, esto es, á fuerza de reiteradas lociones. Es verdad que antes del descubrimiento de los surcos auríferos de la California semejante explotacion no debia parecer ridícula ni á un minero del Nuevo Mundo. Se sabe que en las minas mas ricas de Chile no se encontraban arriba de trescientos sesenta á trescientos setenta gramos de oro en un espacio de dos mil quinientos quilógramos de arena, y con sesenta ó sesenta y

dos gramos de oro solamente se pagaba el coste del trabajo.

Reaumur ha descrito con especial cuidado los distintos procedimientos empleados por estos hombres. En el Rhin, dice, despues que el lavador ha escogido en la margen del rio un parage que supone aurífero, establece alli sus pequeñas máquinas que no reclaman grande aparato. La principal es una plancha larga que apoya en tierra: sobre esta plancha inclinada estiende tres pedazos de paño grueso de una longitud igual á la de la plancha. Sujeta ademas en la parte superior de esta plancha una especie de cestilla cuyo fondo es ovalado, y su convexidad gira hácia el extremo inferior de la plancha. Esta cestilla es la primera criba al través de la cual es necesario que pase la arena por reiteradas lociones, para separar de ella las piedras. Cuando la cesta no contiene ya mas que materias muy gruesas, el lavador la vacia, la llena de arena, y continúa la operacion.

La tierra, el polvo, todas las partículas ténues y ligeras descienden impelidas por el agua hasta el fondo de la plancha, sucediendo lo mismo á los granos mas gruesos de arena cuya pesantez impele con ayuda del agua. Las lentejuelas metálicas son muy finas para que se mezclen con los granos. Por último, los granos finos, pero pesados, y que no han podido, como el polvo separarse por el agua, hallan en su descenso el pelo del paño y se detienen alli. Estos son otros tantos diques dispuestos de trecho en trecho que nadie tiene la fuerza de vencer, y entre los granos de esta última especie se encuentran las lentejuelas de oro que se confunden alli todavía con un volúmen de arena que sobrepuja considerablemente al otro.

Despues que la criba se ha llenado cierto número de veces, los pedazos de paño se ven enteramente cubiertos de arena, y ya no están en estado de detener la menor partícula. Los quitan, los lavan en una cuba llena de agua para sacar la arena que se ha detenido y que constituye el objeto del precedente trabajo.

Lávanse entonces de una manera menos brusca y con mas precauciones, á fin de recoger de este modo la arena mas rica. Una parte de esta arena se coloca en un vaso de madera en forma de nave: el lavador llena de agua esta navecilla, cogiéndola en seguida con ambas manos; la agita de un modo semejante al panadero cuando cierne el trigo, pues el objeto de ambas manipulaciones es el mismo, porque el que cierne se propone hacer venir á la superficie las lentejuelas y los granos mas lijeros: el lavador procura igualmente dejar encima de la otra la arena mas lijera, y dar á los granos mas pesados la facilidad de descender hasta el fondo del vaso. El agua que agita los granos lijeros, que los separa de los mas pesados, da á estos el medio de poderse desprender de los otros y escurrirse. Por lo demas es preciso ver si los granos que quedan encima son los que se buscan; su color es diferente del de los otros, y las mas veces blanquizco. Cuando se ha puesto el vaso en una posicion inclinada, se distingue desde su fondo hasta el borde tres ó cuatro bandas diferentes que muestran el orden de las materias segun su densidad.

Este trabajo, aunque sencillo, reclama destreza y mucha paciencia; los prácticos en la explotacion de minas trabajan en este ramo maravillosamente.

A medida que se repite esta operacion se saca arena blanca y lijera; la que queda participa de un color mas



pronunciado, donde se comienza á distinguir lentejuelas de oro esparcidas acá y allá. En ciertos rios de Alemania se han encontrado algunas veces entre sus arenas partículas de oro tan gruesas que han podido cogerse con la mano.

Ultimamente, cuando despues de las reiteradas lociones, la arena que queda debajo se diferencia poco de la que permanece encima, cesa el trabajo, puesto que la arena se pone en el estado que se desea para sacar las lentejuelas.

Se seca y se calienta esta arena; se la echa mercurio, y se la petrifica hasta con la mano, á fin de que no haya entre los granos de arena un intersticio que no haya participado del mercurio. Este se apodera del oro y le disuelve. La amalgama que se ha formado de esta manera se separa fácilmente con lociones reiteradas de la arena restante. Para extraer el oro es preciso primeramente prensar fuertemente la amalgama, despues de haberla envuelto en una piel de gamo. El mercurio líquido pasa al través de los po-



Lavadores del Rhin.

ros de la piel, en cuyo interior queda cierta cantidad de oro impregnado de mercurio. En este estado solo falta destilar el mercurio para que el boton de oro quede en el fondo de la cestilla donde se ha operado la destilacion.

El grabado que presentamos sacado de una obra moderna del gran ducado de Baden, representa á los buscadores de oro del Rhin. Este mismo grabado prueba que los procedimientos de esta industria no se han modificado sensible-

mente desde principios del siglo XVIII, época á la cual se refiere la precedente descripcion.

Refiere Reaumur que en algunos parages en la época de las avenidas los habitantes del Gardon, cubren los arroyos de los molinos de pieles de carnero sobre las cuales las aguas depositan sus lentejuelas. El empleo de este procedimiento para recolectar el metal, explicaria perfectamente lo que era el toison de oro.